

JUAN CÁRDENAS
Elástico de sombra

narrativa sexto piso



Elástico de sombra

JUAN CÁRDENAS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © JUAN CÁRDENAS, 2019
C/O INDENT LITERARY AGENCY
www.indentagency.com

Primera edición: 2020

Imagen de portada
Candombe de carnaval, PEDRO FIGARI (1861-1938), c. 1932,
óleo sobre cartón (32 x 38,5 cm). MUSEO DE BELLAS ARTES, Buenos Aires

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. de C. V., 2020
América 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-18342-09-7

Impreso en España

NOTA LIMINAR

Todas las historias incluidas en esta breve novela fueron recogidas en la zona norte del departamento del Cauca y el valle del río Patía, al suroccidente de Colombia, en el transcurso de mis investigaciones con el Instituto Caro y Cuervo sobre la esgrima de machete, también conocida como «grima», un arte marcial negro de origen incierto –actualmente en una fase vestigial o de ruina–. Mis principales interlocutores fueron los maestros Héctor Elías Sandoval y Miguel Lourido, macheteros de la Academia de Esgrima de Machete de Puerto Tejada, a quienes dedico este libro.

Agradezco asimismo a la profesora Paloma Muñoz Nández, de la Universidad del Cauca, cuyas investigaciones sobre los violines negros del Patía fueron una inspiración y una guía para mi trabajo.

Con este libro espero contribuir a la memoria y el presente de las luchas negras de toda América, además de ofrecer herramientas para el que sin duda es el proyecto más urgente de la cultura universal, a saber, la aniquilación definitiva del Hombre Blanco.

UNO

Los dos maestros sudaban aguapanela hirviendo, apenas protegidos por las latas agujereadas del paradero de buses. Llevaban más de una hora esperando y don Sando, el anciano maestro, maestro de maestros, empezó a pensar que el sol ya estaba con ganas de hornearlos, de quemarles hasta el último concho de manteca humana y dejarlos convertidos en dos carboncitos secos. Miguel, su veterano alumno, el contra maestro, como se les suele llamar en buena jerga machetera, se abanicaba con una cachucha blanca. Era casi mediodía y el viento estaba guardado en su cueva: don Sando sabía por experiencia que el viento tiene la casa en una cueva de los Farallones y hay gente osada –gente atembada también– que hasta se ha ido a buscar la casa del viento y no se ha vuelto a saber de ella, porque el viento agarra a esa gente, le dice cosas al oído y la enloquece. Luego se la lleva para su cueva y allá adentro se la come y no deja ni los huesos. El viento debía de estar comiendo mucha gente en su cueva porque esa mañana no había bajado al valle ni un solo ratico y los cañaduzales se miraban tiesos, mudos, como soldados al acecho, a punto de invadir un país. Ésa fue la ocurrencia de don Sando, acosado por un calor que no era normal. Un calor del fin de los tiempos.

Una seguidilla de volquetas cargadas de materiales de construcción dejó a su paso una nube de polvo gris y espeso que envolvió a los dos maestros durante largos segundos.

Hubo toses, protestas, Miguel se permitió un hijueputazo y don Sando..., don Sando seguía pensando en el viento, en cómo al viento le cambia el carácter según baja de la montaña, porque acá en el valle se vuelve manso, dulce, buen conversador y hasta con dotes de sabio. Se lo extraña cuando no baja, señor Viento, dijo don Sando entre dientes para que Miguel no alcanzara a escucharlo. Igual Miguel no estaba prestando atención porque seguía sacudiéndose el polvo.

Este don Viento sí es cosa seria, pensó don Sando. A veces de puro travieso baja muy rápido, sobre todo por las noches, y si lo agarra a uno mal parado se le mete en el puro ñervo tendonoso y provoca agarrotamientos que duran hasta una semana. A don Apolino vino un día y le pegó tal juetazo que le paralizó la cara de por vida, vaya a saber por qué se ensañó así con él. Yo a veces creo que fue por envidia, ¿no ve que don Apolino era buen mozo? Cómo no, y el Viento, dicen los que lo han visto, tiene una cara muy fea, como de trompetista, siempre con los cachetes inflados de huesos triturados y la frente arrugada por el esfuerzo perpetuo de ser quien es.

Don Sando se había enfrentado a don Apolino en cuatro ocasiones y, aunque había logrado vencerlo en todas, no tenía un buen recuerdo de esos combates. Don Apolino era mañoso, además de gran machetero y por ahí decían que tenía su secreto, aunque no se sabía muy bien en qué consistía ese secreto, pues al fin y al cabo secreto es secreto. Algunos hablaban de pactos con entidades maléficas, de brujas, pero don Sando sabía que la mitad de todo secreto son rumores que el propio machetero pone a circular como plata falsa. De cualquier forma, en esos cuatro combates, don Sando se impuso con pujanza, tirando de todo su repertorio, apelando a toda su astucia. No es fácil porfiar con un machetero que tiene la cara paralizada, porque los gestos que se pintan en un rostro son como un pizarrón donde se van escribiendo los movimientos futuros del rival. Ojo y más ojo, repetía don Sando a sus alumnos. Visual y más visual. El que juega es el ojo y es el ojo el que lee.

Don Sando pensó entonces que quizá el Viento le había propinado su juetazo paralizante a don Apolino para ponerlo a prueba, para enseñarle algo y hacerle ganar nuevas destrezas. Oiga, don

Viento, ¿no será que usted es mi aliado, mi profesor?, volvió a muscurrullar don Sando. El viejo machetero alcanzó a morder sus palabras por la cola cuando trataban de salir volando de su boca.

Esta vez Miguel sí oyó un bisbís pero supuso que su maestro estaría rezando o maldiciendo.

Don Sando sacó la cabeza de todo ese ventarrón de pensamientos y miró a Miguel para preguntarle si se sabía algo del pisco. No, maestro, yo le mandé un guasap hace ratico, pero me dejó en visto, informó Miguel.

El pisco al que se referían era un tal Cero, escribidor blanquito, así medio cafeconleche, que vivía con el hocico metido en cosas de negros, lo que molestaba a algunos estudiosos que lo acusaban de ladrón y apropiadorcista de lo ajeno. Los maestros lo estaban esperando allí, en ese paradero ardiente, perdido en medio de una carretera secundaria, por disposición de don Sando. De hecho, las palabras del viejo a la hora de dar las instrucciones habían sido claras y precisas, así y asá, hasta el código de vestimenta, todos de blanco de la cabeza a los pies, rematando con una frase que ya se había vuelto sonsonete: Hay que seguir la voluntad de don Luis.

Lo que no había contemplado don Sando era la posibilidad de que Cero, encargado de recogerlos en una camioneta prestada para hacer el viaje, se hubiera perdido en alguno de los muchos cruces de caminos arrojados como maldiciones por todo ese valle endemoniado. Ay, los cruces de caminos, pensó don Sando... No sé cuáles son peores, si los que cortan en X o los que cortan en Y... En todos he tenido mis aventuras y desventuras.

A punto estaba el maestro de recordar algo importante sobre los cruces de caminos, cuando sintió que una brisa suave y fresca le acariciaba la cumbamba como hacen las mamás con sus quicatos. Ironías del viento, se sonrió para adentro don Sando, dándole la bienvenida a su compañero, que empezó a sacudir alegremente los cañaduzales y a montar su bullojería de todas las tardes.

Al ratico llegó también Cero en su camioneta de color negro. Porque don Sando había sido especificante hasta en eso: No me vaya a venir ni en carro blanco ni en carro café, mucho menos amarillo, si no, no podemos viajar. Así se lo había dicho a Cero, que se arrimó al paradero pidiendo disculpas por la demora y luego se bajó para ayudarles a los dos maestros a subir un equipaje más bien escaso: dos mochilas medianas, otros dos morralitos de lana y un estuche de cuero donde cargaban los machetes y los bordones de madera de guásimo. Cero notó que el maestro cargaba también una chuspa plástica de la que no quiso desprenderse cuando Miguel y él le ofrecieron ayuda para subirse al carro.

Una vez estuvo sentado en el asiento trasero de la camioneta, don Sando abrió un poquito la chuspa y miró satisfecho el contenido antes de volver a cerrarla con un nudo no muy apretado.

Cero tuvo la impresión de que el maestro llevaba algo vivo ahí metido, pero prefirió no hurgar mucho en sus imaginaciones porque no quería ser impertinente ni con el pensamiento.

Durante más de una hora atravesaron los cañaduzales por vías secundarias, siguiendo el mapa que don Sando había dibujado a mano en un cuaderno escolar.

En Guachené, antigua rochela de negros sembrada junto al río del mismo nombre, se detuvieron a refrescarse con refajo de Poker y Popular en una tienda. En la pared del negocio había fotos de todos los jugadores de fútbol oriundos de este valle, casi todos defensas centrales de gran estatura y poderío físico. Don Sando señaló la pared con el vaso todavía medio lleno y dijo que para ser machetero no había necesariamente que tener machete. Uno es machetero si tiene espíritu de machetero. Como don Luis, que en paz descansa, machetero de la cabeza a los pies.

Don Sando se refería a Luis Vidal, vecino de Puerto Tejada, cultor de varios estilos canónicos y último gran maestro de los juegos de Remonte y Granadino, fallecido recientemente después de

una larga enfermedad.

A la final, ese viaje que acababan de iniciar era producto de un compromiso que don Sando había hecho con don Luis en el lecho de muerte del de más acasito, aunque los detalles de esa conversación permanecían en la oscuridad, incluso para Miguel, que a duras penas sabía que el difunto don Luis debía pagar una promesa con ayuda de don Sando. Pero ¿promesa de qué? ¿A quién? ¿Pagar cómo? Todo era un misterio: los recorridos, los mapas, el color de la ropa, el color de la camioneta, en suma, el propósito del viaje al que tanto Miguel como Cero se habían prestado ciegamente por fidelidad y respeto a don Sando. Y, desde luego, para honrar la memoria de don Luis.

Cuando hubieron calmado la sed, caminaron hasta la orilla del río Guachené y allí don Sando se apartó de los demás y, dándoles la espalda, se puso a hurgar en su chuspa de plástico y a sacar cosas que luego depositaba en la corriente. ¿O más bien era que pescaba cosas en el río para luego meterlas a su chuspa? Miguel y Cero se hacían los desentendidos pero cada tanto intentaban ver qué era lo que hacía don Sando y qué tanto es que hurgaba allí, pero a esa distancia, por más que ambos michicateaban los ojos, ninguno vía nada. ¿Son pescaditos?, preguntó Cero y Miguel se encogió de hombros, arqueando la boca hacia abajo, pelando mucho lo blanco de los ojos.

De todos modos, Cero, que tenía por oficio escribir mamotretos, no dejaba de tomar nota en una libretica roja. ¡Oiga, y usted qué tanto es lo que escribe allí, vea!, le recriminó festivamente Miguel. Cero le mostró una hoja llena de garabatos, flechas y frases sueltas escritas en una letra que más parecía hormiguero emberracao. Miguel no le dio importancia y siguió pendiente de los movimientos de su maestro.

En ésas vieron llegar una chiva que de lo sucia y embarrada no se le distinguían ni los colores. El chofer parquió con el morro y las llantas delanteras del camión metidas en la orillita panda y pedrosa del río, y después de bajarse de un brinco de su chiva, se puso a lavarla con un balde y unos trapos llenos de jabón. La mugre estaba tan pegoteada que no acababa de escurrir y al chofer le tocaba refregar mucho y baldear sin descanso.

Cero, que no sabía muy bien qué hacer o cómo dejar pasar ese tiempo que ya se le estaba volviendo tedioso, se acercó al hombre y le ofreció ayuda. Se estrecharon la mano medio blancucha con la mano negra y el chofer le dijo: Muchas gracias, caballero, no se ve gente como usted últimamente. De nada, amigo, de nada, contestó Cero, que sin perder un segundo se puso manos a la obra y a punta de balde y estropajo y jabón comenzó a despellejar el barro de las latas de la chiva. Y en siendo así, sobando sin tregua, fue que la coloriza de las pinturas salió a la luz nuevamente: Cero se quedó admirado porque allí se miraba un jurgo de bestias salvajes, peludas y no tanto, caribajitos y carisecas, vivos y cocinados, canastos con frutas, pajaritos, paisajes de las montañas, paisajes del valle, paisajes del mar, cielos de todos los tonos y hasta ciudades futurísticas con platillos voladores. ¡Ve, muy calidoso el que pintó esto!, dijo Cero. Y el chofer se sonrió henchido de orgullo: ¡Gracias, gracias!, dijo, ¡ahí le hacemos a la pintura también, en los pocos ratos que me deja el oficio de chofer! Pues lo felicito, amigo, dijo Cero, sin dejar de restregar la latonería ornamentada.

Después de que un ratote hubiera parido sus muchos raticos, después de que esos raticos crecieran y se fueran flotando río abajo, la labor conjunta de los dos hombres había dejado la chiva, como se dice, rechinante de limpieza. Nos quedó como monedita nueva, dijo el chofer, con las manos en la cintura. Y Cero, también satisfecho, dio su aprobación a la tarea, soltó un resuello y se quejó del intenso calor. Venga, caballero, que lo invito a refrescarse, dijo el chofer. Y ambos subieron a la chiva, donde, en propiedad, comprobó Cero, había de todo para revirarle la

calentura al sol dentro de una neverita de icopor: allí el chofer tenía encaletadas entre yelos unas cervezas, dos ponimaltas, varios helados de palito y una botella de viche bien escondida debajo de todo lo demás. Cero agarró un helado de mango verde y el chofer le alcanzó un salero que sacó de un compartimento junto a la caja de cambios. Mientras se refrescaban en medio de un silencio picadulzón, los dos hombres vieron llegar a Miguel y a don Sando, que, al parecer, ya había acabado de hacer sus ritos y sus cosas raras en el río. Vengan, vengan, dijo el chofer, bienvenidos, suban a tomar algo que este calor está muy violento.

Los dos maestros agradecieron el convite y se treparon a la chiva. Este hombre está preparado para todo, dijo Cero, señalando la neverita de icopor repleta de cosas para refrescarse. Hubo reparto de presentaciones y el vaivén de nombres. El chofer aclaró que se llamaba Iginio, pero no quiso decir el apellido.

Miguel agarró una cerveza y don Sando sólo un puñado de hielos que metió dentro de su famosa chuspita de plástico, antes de aplicársela en el cuello. Me vas a disculpar la grosería, dijo Miguel, después de unos sorbos de Poker, midiendo al chofer, ¿me dijo que se llamaba Iginio? Sí, señor, cómo no. Ahhh, siguió Miguel, que bebió un sorbo más, un sorbo largo para refrescarse bien la garganta antes de volver a hablar, ¿y no será que yo te conozco a vos de algún lado? Iginio entonces abrió bien los ojos y examinó la cara de Miguel. Pues, lo cierto, amigo, es que a mí también me suena su cara, dijo el chofer. ¿Voj no soj Iginio Mina, el de Villarrica?, insistió Miguel. Y don Iginio dio un respingo en su asiento de chofer y se le puso cara, más que de sorprendido, de muerto en vida. Ole, ¿y voj quién soj y qué tanto es que me reconocés?, dijo, sin disimular que ese careo le salpuyaba alguna herida vieja. Iginio, yo soy Miguel Lourido, de Puerto Tejada, ¿no te acordás de mí? Trabajamos juntos en Cali hace como treinta años, en la embotelladora de Coca-Cola, hombre. Iginio pasó de la prevención al alivio en un segundo y, casi a los gritos, reconoció que claro, que se acordaba, cómo no se iba a acordar. Es que ha pasado mucho tiempo, se excusó, y ambos nos cataniamos mucho. Bueno, yo bastante más, claro, porque tuve una vida muy dura. Manito, dijo Miguel, confirmando que el chofer estaba mucho más perjudicado que él por los años, la cabeza llena de canas y la cara de quien envejece con una angustia perpetua, qué gusto verlo, qué sorpresa, hombre. Dónde se había metido, que ya no lo volvimos a ver. Uuuuy, no, si yo le contara, dijo Iginio, abriendo otra cerveza. Sólo que, en lugar de seguir contando, arrojó los ojos hacia el río como quien tira una línea para pescar y se quedó pensativo, con la lata húmeda chorreándole en la mano. La verdá es que no sé si contarles porque el cuento es largo, dijo por fin. Don Sando lo miraba con suspicacia, pero estaba tan picado de curiosidad como los demás, así que lo animó a que verseara su historia: Cuente nomás, señor, dijo, que del norte del Cauca no sale su cuento. Iginio se rio del chiste, se acabó su cerveza de un trago y soltó un *ahhhhh*, que era de placer por haber matado a la sed y era sobre todo de solaz por hallarse entre gente buena que quisiera escucharlo contar.

Pues ustedes no me lo van a creer y hasta pensarán que se me corrió la peluca, dijo, pero, como sea, aquí va. Como bien recordó Miguel, yo soy de Villarrica, pueblo muy famoso porque allí hay mucha dama de aquéllas, ya me entienden ustedes, de las que hacen hablar a las piedras, de las que rezan al revés, de las que voltean la lengua ajena, de las que saben volar y hacer conjuro de amor, conjuro de odio y hasta hechizo pa ganar las elecciones departamentales. ¡Uyyy!, dijo don Sando, ¡yo en Villarrica no recibo ni un vaso de agua! ¡Allí me agunto la sed, así me esté derritiendo, porque uno no sabe qué bellaquería le habrán metido!

Pues cuando yo era todavía muy pelaíto, cuando todavía trabajaba en la embotelladora de Coca-Cola, continuó Iginio, me fui a pasar un fin de semana en la casa de mi papá, allí en

Villarrica. Y ese mismo sábado por la noche yo me arreglé porque me invitaron a un baile, por allá en un rancho, en un cruce de caminos en pleno cañaduzal, y eso yo me fui todo contento estrenando muda y zapato recién traído de Buenaventura, llegamos allí con una galladita de amigos del pueblo, todos buenos pa'l baile, y comenzamos a tirar paso con esas mujeres, porque ese rancho estaba era llenito de aquello, ya me entienden... Mejor dicho, un culerío allí que no era normal. Y oiga, quién iba a decir que esa noche tan bonita, noche de sandunga, noche de estrellita coqueta y sapo quejumbroso en la charca, la vida se me iba a ir derecho por el barranco. ¡Quién iba a decir, señores! Y antualito les voy a decir por qué. Cómo les parece que estaba yo en pleno embetune con una negra, me acuerdo bien, porque yo la venía gallinaceando toda la noche, y entonces, oiga, como en una película, no les miento, la puerta del rancho se abrió que uno diría soplada por un diablo y entró una dama. Qué digo dama, un relincho de mujer que caminaba con zapato de tacón como si flotara sobre el humo de un incendio de zafra o como si fuera a lomos de una culebra mitológica. Esa mujer buscó y buscó la manera hasta que se hizo sacar a bailar de mí. Se llamaba Nubia. Les juro que tiemblo todavía cuando pronuncio esa palabra. Nubia se me embetunaba como si me quisiera borrar y yo por momentos me mariaba y la cabalidad se me escurría por las piernas.

Una semana después ya me había amancebado con ella en su casa de Villarrica, donde Nubia vivía con su mamá y una recua de niños que dizque no eran de ella sino de una hermana que vivía en el extranjero, entonces todos le decían «tía» a Nubia, pero yo sigo con la duda, ésta es la hora que no me lo acabo de embutir. Yo creo que eran todos incubos, hijos de esa bruja con Satanás. La cosa es que Nubia me obligó a dejar el trabajo, me obligó a vender un pedacito de tierra que tenía a la orilla de El Palo y me dejó sin cinco, luego me obligó a pelearme con mi familia, me obligó a odiar a mis amigos... Por eso no nos volvimos a ver, Miguel. Y pues no hace ni falta que les reviva aquí con pequeñiteces lo que significa ser el concubino de una bruja. Ustedes ya habrán oído cómo es eso. Primero le comen a uno la voluntad, luego la gana, luego la fuerza y luego el seso: acaba uno sin saber distinguir lo verdadero de lo falso, lo que es arriba de lo que es abajo. A mí Nubia me encerraba en una pieza y con un carbón me hacía dibujos en las paredes para que yo «mirara» cosas. ¡Y qué cosas se miraban en esos dibujos! ¿Querés ver la fábrica?, me decía. ¡Y fum! Ahí yo los veía a ustedes, trabajando en ese lugar lleno de demonios y engendros de demonio. ¿Querés ver tu casa cuando eras pequeñito?, me decía. ¡Y fum! Se me aparecía mi casa, mi familia, mis abuelos, mis papás, mis hermanos, y eran todos diablos de lengua viperina y cola puntiaguda. Por las noches, de vez en cuando, Nubia me sacaba de esa pieza y me llevaba a volar por todo el valle. Eso era lo más aterrador porque ella para poder volar se transformaba en una bestia inmundada con unas alas enormes de murciélago. Y como yo no me quería caer desde esa altura, me tocaba apretarme a ese cuerpo de mostro que botaba una viscosidad como aceite de carro viejo y con olor a berrinche de anciana. ¿Y ustedes creen que yo estaba allí contra mi voluntad? ¡No, señor! Yo estaba allí porque yo mismo decía que quería estar allí. Al final la voluntad qué es. No se sabe. ¿Ustedes creen que ella me tenía encerrado con candado? No, no, señores, ella me tenía allí encerrado con encantamientos. Mi voluntad estaba, como se dice, en pezuña ajena, y Nubia hacía lo que quería conmigo, yo era como su perro faldero. O no, era más bien como uno de los pájaros que mantenía en el patio, sólo que encerrado en una jaula sin barrotes, sin cerraduras. Era, digámoslo en propiedad, su esclavo. Nubia era mi Ama, mi Señora, mi Dueña. Y yo, su sirviente fiel, su lacayo doméstico, y era, pienso ahora, una calaña de esclavo mucho más esclavizado porque yo no hacía ninguna tarea de limpieza, ni siquiera tenía la responsabilidad de traer el pan a la casa: yo, créanme, amigos, no hacía nada. Y un esclavo que no

hace nada es todavía más esclavo. Nubia me hacía todo: al principio, cuando me quería un poquito, incluso me bañaba, me peinaba, me mantenía la ropa bien limpia y planchada, me echaba mi locioncita. Por las noches se me aparecía en la pieza envuelta sólo en una manta roja de seda morada, me pedía que bailáramos y ella sabía que por ahí me dominaba. No había superpoder inhumano capaz de librarme de esa brujería. Así se me pasaron diez años. Y como mi cuerpo se fue deteriorando, Nubia dejó de consentirme y me empezó a tratar como a violín prestado. Qué sufrimiento, oigan, qué sufrimiento tan grande, eso no se lo deseo a nadie. Esa mujer me seducía y a la mañana siguiente yo amanecía lleno de arañazos, como si me hubiera acostado con un gato. Y así todos los días.

Lo que yo no sabía era que, mientras vivía ese calvario, mis hermanos andaban por su cuenta tramando cómo liberarme del hechizo y habían ido a ver a otra bruja que dizque era más poderosa que Nubia. Y esa bruja les dio un remedio a mis hermanos que, para poder verme, tuvieron que amaestrar un pajarito y el pajarito, bien educado, me empezó a traer mensajes en unos rollos de papel que ellos le amarraban a las patitas. Y así, gracias a esos mensajes, fue que empecé a acordarme de quién era, de dónde venía, quién era mi familia, y me fui envalentonando y recuperando la confianza, el seso, la voluntad, hasta juntar verraquera pa escaparme de allí.

Siguiendo las instrucciones de la otra bruja, mis hermanos me indicaron el modo en uno de los papelitos traídos por el pájaro: Cuando ella te saque a volar, me explicaron, cuando la bruja esté transformada en mostro volador y te saque a volar, vos tenés que meterle la mano en el hueco que se le forma en el sobaco del ala izquierda: allí adentro, con disimulito, tenés que palpar y palpar hasta que sintás una bolita dura, bien dura, entre los dedos. Con el mismo disimulito, tenés que sacar esa bolita, ligerito, ligerito, y metértela en la boca. Y yo así mismo hice la siguiente vez que la condenada de Nubia me sacó a pasear por los aires. Con mano de carterista hurgué en el hueco que, imagínense ustedes la sorpresa, la bruja tenía en el sobaco izquierdo y allí adentro, efectivamente, encontré la dichosa bolita que estuve avisado pa sacar a la velocidad del rayo antes de metérmela a la boca. La bruja ni cosquillas sintió. Lo que pasó a continuación fue que la Nubia ya no pudo volar, perdió su fuerza, se desplomó por los aires y cuando caímos al suelo, en medio de un cañaduzal, el mostro recobró la forma humana y así, a la luz de la luna llena, me quedé atarantado delante de la hermosura de mi señora, cuánta hermosura junta, oigan, esa mujer no tenía presa mala, y así, moribunda, a punto de desvanecerse, era todavía más hermosa. Les juro que estuve a punto de arrepentirme de lo que acababa de hacer. Menos mal ganó la cordura y logré salir de allí corriendo.

Sólo a la madrugada llegué al sitio donde mis hermanos me estaban esperando, una casucha en ruinas a las afueras de Villarrica, donde también estaba la famosa bruja que, según me explicaron, era enemiga jurada de Nubia.

Lo único que esa bruja me pidió fue que escupiera en una chuspa la bolita que había sacado del sobaco de Nubia y luego me entregó una piel de oso, esa misma que ven ustedes allí. Todos voltearon a ver y, en efecto, había un pellejo de oso anteojudo cubriendo todo el espaldar del asiento delantero, una piel muy negra cuya sola visión llenó de extrañeza a todos los presentes. Y antes de indicarme el lugar donde tendría que refugiarme por tiempo indefinido, prosiguió Iginio, me advirtió que me fuera hasta tal y tal pueblo en las montañas de Caldono –no puedo decirles cuál pueblo, ahí perdonarán–, preguntá allí por esta persona, me dijo la bruja, y quedate con esa gente que es buena, indios nasa, hasta que te ordenen otra cosa. Si vas a salir por la noche, tené la precaución de cubrirte con esta piel de oso. Es la única forma de que Nubia no te encuentre.

Y bueno, señores, fue así como pasé tantos años desaparecido. Allá, en ese pueblo de indios

nasa, aprendí mis dos oficios: la mecánica automotriz y la pintura. Y aunque nunca me pude volver a rejuntar seriamente con nadie, sí tuve mis amoríos. Mi vida se fue haciendo cada vez más normal, la vida de una persona común y corriente. Hará cosa de un año empecé a manejar esta chiva, que cubre el recorrido que va del valle a la montaña, ida y vuelta. Como pueden ver, tuve mucha suerte. Me salvé y pa qué pero la saqué barata.

DOS

Los dos veteranos maestros y Cero estaban asombrados, conmovidos con la fantástica historia de Iginio, que, en medio de tantas emociones revueltas, propuso que brindaran con el viche que se estaba refrigerando en la nevera de icopor. Todos estuvieron de acuerdo y sacaron la botellita helada a la calentura de la tarde. Iginio fue repartiendo el licor en una totuma de manjarblanco vacía. Así se les fue pasando la tarde, bebiendo, a bordo de la reluciente chiva, aquel viche de caña destilado en alambique casero cuyo saborcito trajo lentas visiones al paladar de don Sando, que, así, inspirado, se dejó arrebatarse: Oiga, señor, dijo, levantándose de su silla, esto sabe a sombra platanera de patio trasero, tiene su puntico a fruto del naidí y un fondo oscuro y dulce como tierra de azotea, con su fantasmita de yerbas fragantosas donde predomina el pipilongo. Iginio lo miró asombrado: Cómo no, maestro, cómo no, dijo, se nota que usted es un hombre instruido porque este viche me lo trajeron de López de Micay, alambicado en la vichería de los Hurtado, nada menos, maestros vicheros. Imposible describir mejor ese sabor, maestro, porque este viche es cosa seria, consagrado a las Siete Potencias y por eso es que, como usted bien dice, sabe a un poquito de todas esas cosas, aunque no tiene ninguna. Sí, señor. Ciertamente, dijo don Sando, esto sí es un señor viche, no como esas aguasucias que le dan a uno en Cali, oiga. A veces es mejor tomar guarito de la Industria Licorera del Cauca.

Los cuatro hombres volvieron a brindar y no se dieron ni cuenta de que el sol había empezado a ponerse. Lo raro es que el chillido de las golondrinas acrobáticas del atardecer se estaba demorando y alrededor de la chiva se había formado un silencio raro y espeso como sopa fría, pero la conversa era tan amena y el licor tan calidoso, tan calidoscópico, que nadie se preocupó por leer esa señal. Al contrario, cundía la despreocupación y Miguel, inspirado también, se puso a recitar unos desafíos macheteros:

Si vine ya no me viste
Porque aparezco en falso
Atalayo a quien yo quiera
Y a los guapos los amanso.

Por acudir a mi desafío
Salí cuando me buscaste
Entraste por donde no era
Y un buen tajo te ganaste.

No fue sino hasta que don Sando salió de la chiva y se alejó de los demás para orinar a la orilla del río que se malició la jugada. Sin lugar a dudas, caviló el maestro, este silencio y a estas horas no es normal. Hasta el viento, tan de costumbre azaroso y atravesado, parecía que se había escondido detrás de algún árbol. Dónde anda usted, señor Viento, ¿le dio culillo?, dijo don Sando en voz alta mientras proyectaba un arco perfecto con sus aguas menudas sobre las aguas milenarias del Guachené. Pero el Viento no le contestó. El sol caía lentamente sobre ese mundo castigado por la maldad de los hombres. Dos libélulas rojazules se posaron sobre el sombrero blanco de don Sando. Se oyó la voz trasnochadora del morrocoy, advertencias desesperadas e inútiles porque los hombres no saben escuchar al morrocoy, pájaro sabio que todo lo conoce de antemano. A lo lejos se oían las risotadas vicheras de los compañeros en la chiva y al viejo

maestro le entró una congoja profunda, como si esa felicidad de sus amigos proviniera de un pasado remoto y él estuviera muerto.

Don Sando sintió un escalofrío. Se quitó el sombrero como hacía siempre que tenía un mal presagio y vio allí paradas a las libélulas, que haga de cuenta usted dos joyas fabricadas en el taller de un orfebre. Las admiró por unos segundos, embargado por esa congoja dulce con la que el atardecer lo acababa de envolver y, al levantar la mirada, tenía delante a un hombrecito con aspecto de niño y cara de anciano, la piel gris azulada, la cabeza cubierta con un enorme sombrero de paja toquilla y las patas torcidas. Don Sando estuvo a punto de desmayecer del susto, pero logró dominarse gracias a su aplomo de esgrimista.

El hombrecito le habló de esta forma: No busque tanto su machete, señor machetero, que ése se le quedó en la chiva de Iginio. Aquí estamos usted y yo desarmados.

Don Sando estaba paralizado de miedo porque, en efecto, había tenido el reflejo de llevarse la mano al cinto, procurando el arma con su mano derecha. ¡Me atalayaron!, pensó.

Tranquilo, prosiguió el hombrecito que mascaba las palabras a la sombra profunda de su gran sombrero, tranquilo, maestro, yo lo respeto a usted y yo sé que usted me respeta a mí, así que mejor no se humille intentando alguna astucia. ¿Me va a lanzar el sombrero, tratando de cortarme con el borde rematado, lo sé bien, con el filo de veintisiete cuchillas yilé? ¿Me va a hacer un falso diagonal, amagando con tirarse al río para después, con ese rápido juego de pies que usted maneja, salir corriendo por el otro lado? Como le digo, no se humille con trucos y más bien cuénteme para qué me anda buscando. Porque fue usted el que me llamó, con esos embrujos que carga en su chuspa. Fue usted el que me convocó.

Don Sando bajó la guardia, volvió a calzarse el sombrero –momento que las dos libélulas habían estado esperando para reemprender el vuelo– y se aclaró la garganta: Sí, señor, yo lo llamé, dijo el maestro. ¿Para retarme a duelo?, preguntó el hombrecito. No, señor, contestó don Sando, para retarlo a duelo no, que eso sí intenté hacerlo yo cuando era muchacho y me creía el más verraco, no, esta vez no es por eso que lo llamo, señor Duende. ¿Le importa si lo llamo por su nombre? El hombrecito meneó la cabeza para autorizar al maestro a usar ese apelativo popular. Mire usted, don Duende, continuó don Sando, es que yo ando preocupado porque estamos perdiendo todo el conocimiento machetero. Los maestros viejos se van muriendo y digamos, pues, que ya prácticamente no queda casi nada sino lo poquito o mucho, según se mire, que hemos ido recogiendo entre Miguel y yo, más lo que han recogido los otros cuatro maestros viejos que quedan regados por el departamento. Hará cosa de un año perdimos a don Ananías Caniquí, el maestro de Mazamorreros, y antualito, dos semanas nomás, se nos fue don Luis Vidal. Entonces yo necesitaba invocarlo a usted, don Duende, pa que me proporcionara esos conocimientos perdidos que, según decían los viejos, voj guardás como un tesoro.

El Duende se puso las manos en la cintura y soltó una gran carcajada que hizo estremecer a los bebedores en la chiva. Miguel se asomó y a la luz postrera del día vio apenas un teatro azul de figuras vacilantes, pero no distinguió casi nada. Cero lo imitó, michicateando sin mucha mejor suerte. Iginio, borracho y ocioso, volvió a servirles viche en la totuma y todos se desentendieron de lo que estuviera pasando allá afuera.

¿Usted cree que yo le puedo soltar el conocimiento así como así?, dijo el Duende. Pues está muy equivocado, señor Sandoval, muy equivocado.

A medida que la oscuridad crecía, la voz del Duende iba adquiriendo un sonido menos humano, un tono emplumado y susurrante que le erizaba toda la piel del espinazo al maestro.

Equivocadito está, señor Sando, si piensa que aquí le vamos a dar lo que pide. Yo sé muy bien

que usted anda pagando promesa ajena, pero déjeme le explico: Don Luis no hizo pacto conmigo sino con otro. Don Luis Vidal le entregó esas cartillas y la sabiduría Al-Que-Ya-Sabemos. De modo, manito, que se arrimó al palo que no era.

Don Sando estaba aterrado ante las revelaciones del Duende. ¿Eso quería decir que don Luis Vidal, su amigo y compañero de batallas, le había mentado sobre el paradero del conocimiento perdido? ¿No había sido él mismo quien le pidiera específicamente en su lecho de muerte que buscara la manera de contactarse con este espanto para, de una vez por todas, recuperar las paradas de esgrima de machete desaparecidas?

Don Sando iba a presentar sus objeciones, pero el Duende, avisado, le había estado leyendo los pensamientos al maestro y, con una mano en alto, una mano gris, arrugada, interrumpió a don Sando cuando éste se disponía a hablar. No, caballero, le dijo, esto no es como usted lo piensa. Yo sí sé mucha esgrima y de la buena, de la que llaman grima, yo sí sé paradas viejas y todos los días me invento nuevas, pero lo malo es que yo no se las puedo enseñar, por más que quisiera, y déjeme le cuento por qué: esto pasó hace mucho, así que perdóneme si se lo cuento con arandelas. El Duende se aclaró la garganta, porque hasta los espantos se despejan la voz por pura necesidad antes de decir algo importante, y empezó a contar. Una noche, dijo, que andaba yo tocando mi música con un violín de difunto, me dio por salir a robar caballos, como hago cada vez que me pongo a cantar y a tomar chirrincho. La cosa es que me metí a un potrero, en una hacienda de por aquí cerquita, y elegí a una yegüita nerviosa. Le hice, como es mi costumbre, sus buenas trenzas en la crin y en la cola para amansarla y así, con mañita, me la fui ganando hasta que ya la pude montar. Salí a puro galope por el potrero, brincamos cercas, cruzamos este mismo río, mejor dicho, felices ambos, ella por estar libre y yo por andar duendeando. Ya de madrugada paramos a descansar a la sombra de un samán muy viejo y muy grande. La yegua se echó a dormir a un ladito. Entonces yo agarré mi violín de difunto y me puse a tocar unas melodías y a improvisar mis cantaos. Tanto me distraje que no sentí la compañía. Y cuando quise espabilar, ya era tarde. El-Que-Ya-Sabemos llevaría quién sabe cuánto escuchándome tocar el violín y ahora estaba recostado en el tronco del samán, con su machete en la mano, listo para atenderme. Y yo de una rodé por el suelo, esquivando las embestidas de Aquél, defendiéndome con mi violín que fue quedando reducido a pedazos, soltando horribles lamentaciones cada vez que el machete lo hería de muerte. Triste destino el de mi violín, pobrecito, cómo lloraba. Menos mal que yo me manejo bien en el juego por lo bajo, untado al suelo, falseando, haciendo mis desgonces, y Aquél no era capaz ni de tocarme, con lo cual se iba era emputeciendo. Y el tipo: ¡Dele! Y yo: ¡Za, za, za! Y él: ¡Dele! Y yo: ¡Tucundá! Y nada que me daba. Y yo por el suelo, esquive y esquive golpe, desgonce, falso, brinco y en una que estaba rodando alcancé a agarrar un palo que había en el suelo. Ahí ya el pleito fue más parejo porque yo con palo tengo mi malicia. ¡A-tucun-dá! ¡Le asesté su palazo en los cuernos! Oiga, y ese señor quedó fue confundido porque le di tan duro que le hice qué baldo y la cabeza le empezó a sangrar y la sangre le corrió por los ojos y Aquél ya no vía era nada y ahora tiraba machetazos al aire que eso más parecía quicato con venda tratando de pegarle a una piñata. Y yo a punta de falsos, entraba y salía, me quitaba pa volver a buscarle el bulto y ¡zaz! ¡Tome su palazo por hijueputa!

Le di hasta que el Señor-Ese cayó de culos en el suelo y ahí fue que yo aproveché pa subirme en la yegua, que se había alejado un poquito por el susto de la pelea. Salimos a galope ventiao y por poquito no se me cae el sombrero. Y cuando pensé que habíamos logrado la escabullida, vi que Aquél se me aparecía de la nada y me cortaba el paso. De lo emputecido que estaba posó su mano siniestra sobre el pecho de mi yegua y la mató. El animalito cayó allí mismo. No alcanzó ni

a dar el último suspiro. Murió, como se dice, con el resuello atravesado, que es lo que hace el Señor-Ese con la gente y con los animales que se quiere llevar para su casa: les mete como su síncope de tambor entre fuelle y fuelle y esos seres ya no conocen nunca el descanso eterno.

El-Que-Ya-Sabemos se limpió la sangre de la cabeza con la crin del caballo y me dijo: Ya veo que sos bueno pa la grima y que tenés todos los talentos de todas las artes. Eso me da mucha envidia porque vos sabés que yo puedo hacer de todo pero lo hago a medias, sin el acabado bonito que da el conocimiento del arte. Y como castigo te voy a condenar a que de aquí a otros tres mil años no podás enseñarle a ningún hombre tu habilidad con el machete. Cualquiera que se arrime a vos pidiéndote instrucción en el arte de la esgrima, sufrirá también un castigo.

El Duende concluyó su historia abruptamente y no dio más explicaciones. A continuación, con un leve movimiento de su mano, produjo sobre la superficie del río Guachené un remolino que se fue abriendo, abriendo, a resultas de lo cual se formó en el agua como un boquete donde don Sando alcanzó a distinguir la forma de unas escaleras de piedra que descendían a las profundidades del planeta. El Duende se internó en su guarida subacuática y el boquete se cerró como un párpado.

Don Sando se quedó solo a la orilla del río, que ya no mostraba en su corriente ninguna señal de lo que acababa de suceder y así, atarantado con la historia del Duende, sintió cómo el viento desgraciado salía por fin de su escondite. ¡Cobarde!, le gritó don Sando, ¡soj un acuilillado, ventarrón! El Viento se disculpó con una de sus acostumbradas caricias en la cumbamba y unas volteretas de coquetería infantil alrededor de unas ramas.

Don Sando regresó a la chiva, donde sus compañeros de aventura seguían bebiendo viche y contando cuentos de espantos y aparecidos.

TRES

Esa noche Iginio hospedó a los tres compañeros en su casa, que quedaba muy cerca de allí, al abrigo de un gradual espeso junto a un arroyo artificial, de esos que los ingenios de caña usan para irrigar su vagabundería y chuparles la sangre a los ríos.

A la luz de la luna que se colaba por las ventanas, Iginio, Miguel y Cero roncaban la rasca, echados sobre unas esterillas y tapados con sábanas raídas.

Don Sando, en cambio, seguía sin poder dormir y hacía cuentas en la oscuridad a ver si lograba calcular quién era el mentiroso: si el Duende, si El-Que-Ya-Sabemos o su difunto amigo, don Luis Vidal. Aquí hay algo que no me cuadra, se maliciaba don Sando, y el pensamiento se pensaba a sí mismo en un remolino, en una espiral de aguas como la que el Duende había abierto sobre el lomo erizado del río Guachené. ¡Timbutala!, respingó don Sando en su catre, ¡Timbutala sigue ahí, Timbutala no se ha muerto! Y era que por allá en tiempos remotos, cuando el valle del río Cauca daba sustento generoso a toda la orgullosa negramenta libre, cuando la gente de por acá sacaba su producido de tabaco y cacao y algodón (y hasta su bolsita de oro de Suárez) a bordo de balsadas de guadúa y champanes que bajaban por el río Palo hasta el puerto de Juanchito, y eso don Sando lo recordaba muy bien, porque él desde chiquitico iba y venía, llevando y trayendo, en esos tiempos sin duda más felices, por la época de crecida y siempre en el mismo tramo del recorrido, aparecía un remolino gigante al que todos los navegantes temían y respetaban. A ese remolino se lo conocía como Timbutala y decían los mayores que se llamaba así porque esa palabra quería decir Boca donde el Agua Engendra al Agua. Y otros decían que no, que eso significaba, en el idioma olvidado de los tatarabuelos, Puerta del Pensamiento o Escalera del Sabor y ello por la particularidad de que en aquel antiguo idioma se usaba el mismo palabro para decir Escalera y Puerta (Tala) y el mismo palabro para decir Pensamiento y Sabor (Timbu). Y los navegantes del río que llevaban sus enormes cargas al puerto fluvial de Juanchito conocían bien todas estas menudencias y, para no quedar a merced de las caprichosas fuerzas que gobiernan el caos, regalaban con ofrendas a la boca donde el agua es madre del agua, depositando a la puerta de la criatura racimos de plátano, gallinas recién degolladas, yucas, monedas de diez centavos, como quien dice pagando peaje y derecho de paso ante las escaleras del sabor pensante o del pensamiento sabroso, de ahí que hubiera que darle de comer porque Timbutala tenía en alto aprecio los alimentos terrestres y sólo así, una vez calmado su apetito, dejaría pasar a los bogas, que de todas maneras tenían que tirar de maña para esquivar los bordes del gran remolino. ¿Y por qué será, pensó don Sando, insomne, por qué será que el pensamiento es una puerta y el sabor una escalera? Obvio, se respondió a sí mismo, en el colmo de la elevación mental, porque el pensamiento es apenas la abertura de la razón hacia las profundidades del misterio, que no es otra cosa que el misterio del sabor, o sea el misterio de lo Incomunicable. Pues, al fin y al cabo, uno no puede transmitirle a otro ser humano a qué saben las cosas, a qué sabe un chontaduro, digamos, a qué sabe un mamoncillo, eso no se puede transmitir. Eso es un misterio que no se puede romper, el sabor es el último baúl del misterio, adonde ninguna computadora podrá llegar nunca, ningún robot sabrá realmente a qué sabe lo que sabe, sentenció don Sando sin dejar de mirar al cielorraso donde la luna filtrada en el cristal de la ventana ensayaba reflejos vaporosos. A lo sumo, uno puede hurgar en su propio instinto y buscar unas palabras, como hice yo esta tarde cuando les romancí a estos muchachos el sabor del viche, pero eso es poesía y la poesía no rompe el

misterio, sino que le da forma, permite apreciar el misterio del sabor desde el umbral del pensamiento. Allí, en la poesía, se dijo don Sando, es donde el sabor se vuelve imagen, música, roce del cuerpo a cuerpo, igualito que en la esgrima de machete, sólo que patrás: en la esgrima de machete el cuerpo a cuerpo se vuelve imagen, se vuelve música, se vuelve palabra, se vuelve sabor, que es lo único que no se puede enseñar en una academia de esgrima. El sabor está al fondo: de allí surge todo, allí regresa todo. Si no hay sabor, no puede haber nada más. O sí puede haber, pero ya es pura mecánica cerebral o física. Y la esgrima no es mecánica. Por eso era que su difunto maestro, el gran Manuel María Caicedo, decía todo el tiempo que el saber –y con ello se refería ni más ni menos que al sabor– no estaba tanto en la cabeza como en la lengua y en el estómago. Timbutala, susurró don Sando, arropado por la oscuridad. Ojo y más ojo, claro, pero la malicia crece es en las tripas, allí donde las aguas engendran a las aguas en una espiral de tiempo.

¿Y la memoria?, siguió pensando el maestro, ¿dónde será que queda la memoria? ¿La memoria estará en el corazón oscuro del sabor? ¿Por qué será que olvidamos? ¿Por qué será que el olvido se lo va tragando todo? ¿No habrá un Timbutala de olvido al que pagarle tributo para que nos deje seguir recordando?

Ni modo de calcular cuántos secretos se habrían llevado a la tumba todos los macheteros muertos, pertenecientes a las tantísimas escuelas de macheteros desaparecidas, practicantes de centenares de distintos juegos, estilos y paradas. Para no ir más lejos, su propio maestro, don Manuel María, vaya uno a saber qué cosas no le dio la gana enseñar, qué cosas se guardó para su propio conocimiento y disfrute, por desconfiado o por pura prudencia. Don Sando se demoró entonces en la evocación de don Manuel María y, por unos instantes, se sintió visitado por su presencia. Cuántas veces no se había puesto a escucharle a su maestro las historias de los veteranos de la Guerra con el Perú, pues don Manuel María había sido uno de los supervivientes de aquella aventura, quizá la última gran empresa militar en la que se requirió el concurso de los macheteros del Cauca, después de la penosa derrota que sufrieran treinta años antes los ejércitos de negros bajo el mando del general Avelino Rosas, durante la Guerra de los Mil Días.

Don Manuel María solía contar que en la Guerra con el Perú, hacia 1930, los macheteros se alistaron por voluntad propia, pues sentían que así cumplían con su deber patriótico, defendiendo a la patria de los invasores que querían apoderarse del trapecio amazónico. De paso, los macheteros estaban más que dispuestos a restaurar una antigua fidelidad con el Partido Liberal, que no por nada acababa de reconquistar el poder en las urnas después de la larga noche de la Hegemonía Conservadora. Para volver a sellar ese pacto, los macheteros marcharían hacia el sur, junto al resto de aquel ejército mal uniformado y peor alimentado, y así, como quien no quiere la cosa, hasta ayudarían a construir la carretera que conectaría a partir de entonces a Popayán, es decir, a la república, con los vecinos departamentos de Nariño y Putumayo, fronterizos con Perú y Ecuador. Todos los libros de historia, solía contar don Manuel María, endureciendo la mirada aunque sin dejarse ganar por el orgullo, todos esos libros escritos por los señoritos de Bogotá sobre la historia patria dicen que la Guerra con el Perú se ganó gracias al poderío aéreo, pero en ninguno de esos mamotretos cuentan la verdad de la verdad y es que fuimos nosotros, los macheteros del Cauca, los que hicimos todo el trabajo difícil. Nosotros sabíamos bien cómo ganar ese pleito, decía don Manuel María, fumando melancólico el tabaco dulce de Puerto Tejada. Y lo que quería decir es que los macheteros conocían las tácticas militares que desafiaban la lógica de la guerra de trincheras, o sea, lo que se necesitaba para sorprender al enemigo en plena manigua. Esas tácticas las habían aprendido los macheteros muchos años atrás en El Código Maceo, la cartilla que escribiera el general Avelino Rosas después de haber luchado en la Guerra de la

Independencia de Cuba junto al gran Antonio de la Caridad Maceo y Grajales. Y por si fuera poco, los macheteros complementaban estos conocimientos militares con una nutrida variedad de técnicas conocidas como juegos de sombra o juego corto, llamados así porque en ellos el machetero logra pegarse tanto al cuerpo del oponente que empieza a actuar como su sombra. Esa proximidad de los cuerpos, por otro lado, hacía de los juegos de sombra un conjunto de técnicas letales, hechas para matar, pues habían sido concebidas para propinar estocadas con machetes de menor envergadura y otras armas blancas en las zonas más vulnerables del cuerpo. En las horribles noches de la guerra contra el invasor peruano, los macheteros se desnudaban, cubrían sus cuerpos con lodo y se internaban en la selva, camuflados entre las ramas y las enormes hojas de los árboles amazónicos, hasta penetrar en las líneas enemigas. Invisibles a los ojos de los desprevenidos soldados peruanos, que se hallaban descansando o en plena hora de jolgorio, echando una partidita de cacho o jugando a las cartas y bebiendo pisco, los macheteros atacaban como relámpagos negros. Visto y no visto. Entrada por salida. Los enemigos, aterrados, iban cayendo uno por uno y como ni siquiera veían de dónde surgía el machetazo, huían despavoridos y gritaban pidiendo ayuda a San Martín de Porres. Con esas tácticas, el ejército colombiano logró desarticular los compactos pelotones enemigos, que de esta manera quedaban reducidos a puñados de hombres perdidos en la oscuridad de la selva, muy expuestos a nuevos ataques. Nadie dice que los aviones no ayudaron, sentenciaba don Manuel María Caicedo, y a don Sando le parecía estar viéndolo allí mismo, enchusado en las sombras de esa pieza donde todos dormían menos él: La fuerza aérea fue importante, claro, pero sin nosotros esa guerra habría durado mucho más y quién sabe si al final la habríamos ganado. Así decía don Manuel María. Y a continuación se quejaba de los incontables agravios, desaires, puñaladas marraneras, escupitajos, desplantes, traiciones, engaños y embustes a los que habían sido sometidos los negros caucanos en toda la historia de la república, de parte de los conservadores y hacendados, claro, no por nada habían sido sus antiguos amos, o sea, quienes los habían traído hasta allí como esclavos, pero sobre todo, y esto era lo que más le dolía a don Manuel María, de parte de sus supuestos aliados, los dichosos liberales. Qué traicioneros, qué faltones, qué pajudos, en suma, qué hijueputas fueron a la final estos liberales con el negro caucano, oiga. Nunca nos hicieron justicia, nunca nos pagaron como era debida nuestra fidelidad y nuestros servicios a la causa liberal. Nos dejaron, como se dice, viendo un chispero. Así se quejaba don Manuel María, que se arrepentía de haber sido liberal de trapo rojo en el cuello y así le parecía percibirlo allí mismo a don Sando, fumando sus tabacos, botando humaredas pensativas por la boca entrecerrada.

Lastimosamente don Sando, un machetero más que formidable, el último gran machetero, educado en las mejores academias de todo el norte del Cauca, no había alcanzado a aprender los juegos de sombra. Sus mayores no tuvieron ocasión de enseñárselos o quizá no les dio la gana hacerlo, quién sabe. Ni Manuel María ni Fidel Castillo, su otro maestro. Y en toda la región, aparte de unas pocas cartillas muy antiguas que ya nadie sabía descifrar, no quedaba un solo intérprete de aquel sorprendente estilo de lucha.

Don Sando arrastraba desde hacía años con la obsesión de recuperar aquellos juegos de sombra y, en particular, uno de ellos, el famoso Elástico de Sombra, juego tal vez apócrifo, tal vez un simple cuento para distraer quicatos, pero no por eso menos legendario. Un juego, según se contaba, muy antiguo, unos decían que de origen africano y otros que dizque traído de Haití durante las campañas libertadoras de Bolívar; en todo caso, un juego que requería de una malicia de orden superior, pues consistía en saber atacar y defenderse en la más absoluta oscuridad. Quien dominara el Elástico de Sombra sería capaz de luchar hasta con los ojos vendados, guiándose

nada más que por una intuición especial que la técnica permitía cultivar y desarrollar. El máximo adagio machetero de Ojo y más Ojo, Visual y más Visual, quedaba de este modo trastocado por una nueva luz. O por una nueva sombra, para ser más precisos. El caso es que don Sando sabía que aquel Ojo al que se referían los macheteros no era simplemente el órgano visual, sino un Ojo más profundo. Tampoco era un Ojo espiritual, ese ojo invisible que les sale a los adivinos en medio de la frente, mucho menos el ojo abstracto de los intelectuales. Al revés, ese Ojo al que se referían era más material que nada. Era la materialidad misma, mejor dicho. La materia sensible, la materia pensante, el secreto del secreto del sabor que se hace saber, que se hace movimiento. La materia que sabe tocar lo que toca cuando toca y por eso ve hasta sin ver.

¿Y para qué recuperar un juego letal, un juego dirigido a provocar la muerte del adversario?, se preguntaba a su vez don Sando, intrigado por su propia obsesión. ¿No se supone que los macheteros somos gente pacífica? ¿No se supone que aprendemos este arte para defendernos y para educarnos en la sensatez y el aplomo? Esas preguntas no lograba contestarlas más que con una punzada oscura en las tripas. Hay que recuperar los juegos de sombra de cualquier manera, cueste lo que cueste, se dijo don Sando, que ya empezaba por fin a encontrar la madriguera del sueño y los pensamientos se iban acomodando, repentinamente dóciles, en ese agujero preparado por la madre de todos los pensamientos, que es el dulce deseo de morir sin morir.

Soñó con un morrocoy que intentaba hablarle desde la rama de un árbol.

Soñó con un rayo que caía del cielo y destruía el Palacio de Justicia de Popayán.

Soñó con una libélula cabalgada por su amigo, el abogado Ezequiel Africani (q.e.p.d.).

Soñó que le quemaban la mano derecha con plomo fundido, pero no sentía ningún dolor.

Soñó que luchaba contra su propia sombra.

Lo despertó la risa enguayabada de sus compañeros desde el exterior del rancho, cuando el sol ya pintaba el mundo con colores vistosos y el cañaveral sacudía su sábana para que un caracol de polvo perfumado se deshilara en la ventana.

Don Sando se desperezó y, antes de salir a dar los buenos días, hizo sus estiramientos rutinarios, que le permitían mantener tonificados los músculos de su cuerpo de ochenta y siete años.

Afuera los compañeros tomaban café recién colado y se reían con los chistes de la noche anterior, mientras Miguel daba vueltas alrededor de la chiva de Iginio, admirando las pinturas.

Don Sando se sentó en un banquito y Cero le alcanzó una taza de café. Su amigo el Viento vino a saludarlo con revoloteos y carantoñas que el maestro rechazó con desgana.

Miguel, entretanto, seguía contemplando la obra de Iginio, sus detallados paisajes, sus atardeceres, las ciudades futurísticas, aunque nada le llamó tanto la atención como que el artista hubiera representado, con diminutas figuras dispuestas aquí y allá, las escenas de su propia biografía: la casa de Villarrica, la bruja que se transformaba en criatura alada, el cautiverio en el cuarto de las fantasías, el exilado en las montañas cubierto con la piel del oso.

Después de pegarse una ducha rápida, Cero, Miguel y don Sando se despidieron de Iginio y le agradecieron toda su hospitalidad. Hubo abrazos y palmadas, advertencias de lado y lado. Cuidado con las brujas, dijo el pintor. Cuidado con la caña de azúcar que se lo come todo, dijo Miguel.

Una hora más tarde ya estaban de vuelta en la carretera, a bordo de la camioneta de Cero, rumbo a la vereda Bajo San Francisco, en Santander de Quilichao, donde don Sando había

quedado de encontrarse con otro gran maestro de la esgrima de machete, don Porfirio Ocoró.

Pero antes hubieron de pasar por varios cruces de caminos, unos en X, otros en Y. Allí don Sando fue depositando ofrendas y pendejaditas mágicas que sacaba de su famosa chuspa de plástico.

En uno de esos cruces de caminos, uno que tenía forma de Y, vieron primero un rejunte de gallinazos. Una vaca muerta, pensaron Miguel y don Sando, pero lo que encontraron, allí donde las aves de rapiña se juntaban en elegante asamblea, fueron dos cadáveres que llevarían botados sus buenos tres días. Un hombre y una mujer jóvenes.

El hallazgo no sorprendió demasiado a ninguno. Todos los integrantes de la caravana, por distintas razones, estaban más que acostumbrados a la aparición de la muerte violenta en sus vidas. Lo que les causó impresión fue que a estos dos, mirando ligerito y por encima, se notaba que los habían hecho sufrir lo indecible antes de darles el tiro del final.

Cero tomó fotos con su celular, para documentar el hecho, dijo, aunque estuvo a punto de vomitar cuando vio en detalle los cuerpos torturados a través de la pantalla del aparato.

Por lo demás, ninguno era capaz de decir nada. Hay cosas que no admiten comentario.

En silencio, los tres compañeros de viaje volvieron a treparse a la camioneta y los gallinazos aguardaron la retirada de los humanos para continuar con su banquete de dignatarios vestidos de cachaco.

Los hombres no pronunciaron palabra sino hasta que completaron el recorrido, frente la casa de don Porfirio Ocoró, que salió a recibirlos a la puerta y los hizo pasar a la sala sin demora. El maestro llevaba un buen rato atento a la llegada de sus amigos, afilando un cuchillo con la radio prendida. Antes de volver a sentarse, Porfirio le bajó el volumen al aparato y les ofreció aguapanela con limón a los viajeros sedientos y medio enguayabados.

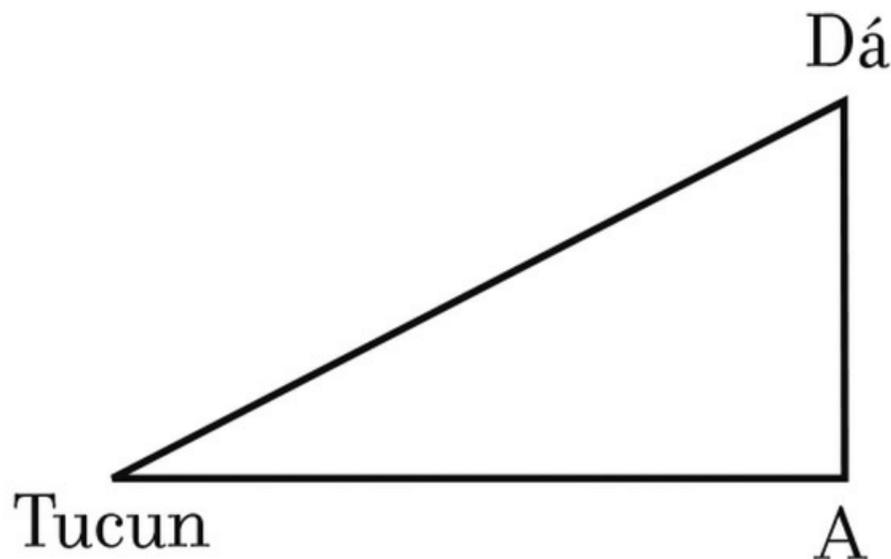
Aludieron brevemente al asunto de los dos muertos. Volvió la violencia con toda a este valle, dijo Miguel. Pero no sólo aquí, dijo Cero, la calentura es nacional. Don Sando bajó la cabeza y se quitó el sombrero, todavía golpeado por el encuentro con esos dos cadáveres en el cruce de caminos, justo allí, en un cruce con forma de Y, para peor augurio. Se sabía lo que iba a pasar después de las elecciones, intervino Porfirio, afilando el cuchillo. Y pasó. Volvió la guerra.

Demoraron un rato largo en espantar al gallinazo interior que todo caucano lleva adentro. Más tarde fueron al patio trasero y se pusieron a ensayar paradas de esgrima, más que nada para que don Sando no olvidara las de Porfirio y viceversa.

Practicaron la Parada de Todo el Día, llamada así porque ambos contendores empiezan en una posición de reposo que quiere dar la impresión engañosa de inmovilidad y desprotección, con la punta del machete clavada en el suelo, la pierna derecha extendida atrás y la izquierda ligeramente flexionada, el brazo izquierdo doblado en la espalda. También hicieron la Parada del Borracho Tendido, que es una parada de juego doble, es decir, que se hace con machete y con bordón de palo de guásimo, un arma en cada mano, los brazos se extienden hacia atrás, como dejando el pecho desprotegido, mientras las piernas se posicionan de la misma manera que en la Parada de Todo el Día. Luego probaron con la Parada del Diablo, con la del Cristo, la Fantasiosa, la Bandera Abierta, la Azucena, el Relámpago, ejecutando por supuesto todas las respectivas cruces, esto es, los movimientos de ataque y defensa donde chocan los machetes y los bordones –si se trata de juego doble, claro– en forma de cruz, de ahí el nombre.

Acabaron el ensayo practicando la Parada del Bolillo, la de la Boba y la de las Damas, y luego los tres maestros hicieron lo posible por instruir a Cero, que a duras penas era un aprendiz inconstante pero voluntarioso. Repasaron con él, como quien dice, los rudimentos de la esgrima:

los Tres Tiros, los Cinco Tiros y los ejercicios de banca para fortalecer la destreza a la hora de hacer los falsos diagonales, un sincopado movimiento donde los pies dibujan en el suelo un triángulo-rectángulo imaginario y de trazo tembloroso, que arranca en el vértice inferior entre los dos catetos para, tras un deslizamiento sorpresivo en horizontal, marcar la hipotenusa en dirección al rival, dando la estocada. En otras palabras, el falso diagonal sirve para esquivar gracias a un movimiento de defensa y luego rematar con un movimiento de ataque: todo en un mismo trazo de los pies sobre el suelo. Un trazo que, por otro lado, se ejecuta en un compás de 6/8 o de 3/4, lo que quiere decir que la esgrima de machete se baila al mismo ritmo que un bambuco negro o que un torbellino, que es la música con la que suele acompañarse el juego de machetes. A-tucun-dá, A-tucun-dá, A-tucun-dá.



En ese compás, cavilaba Miguel, es donde quizá reside su profunda relación con la memoria perdida de los ancestros, o para decirlo mejor, con un saber, con un sabor, un conocimiento mudo que ha sobrevivido a las sucesivas y violentas borraduras de memoria a las que fueron sometidos los negros traídos por la fuerza a vivir en estas tierras. Todos los maestros de esgrima, antiguos y modernos, coinciden en destacar el falso diagonal como la piedra angular de los juegos de machete. Allí está la clave. En ese triángulo, en esa cadencia, en ese amague. Ése es el dibujo central, el dibujo que limpia el espacio para marcar el tiempo, el tiempo de la vida y el tiempo de la muerte. El falso diagonal es la figura desde la cual se recompone la memoria perdida del cuerpo. Mientras haya falso habrá grima, dicen los viejos. Así reflexionaba Miguel mientras veía la práctica de Cero y, como la enredadera de la memoria se enrosca con habilidad en el palo de la imaginación para dar sus flores y frutos, el veterano machetero vio desfilar ante sus ojos en pocos segundos una historia de siglos y siglos: sus antepasados, los que sobrevivieron a la travesía del infame barco donde los trajeron apeñuscados, ensalchichados dos meses con el culo del vecino en la cara, dos meses en alta mar, sin poder siquiera mirar adónde o por qué camino te estaban llevando, a oscuras en las bodegas junto al resto de la carga comercial, comiendo los

desperdicios de los desperdicios que producía el barco, cagando allí mismito, tratando de descifrar las lenguas de tus compañeros de infortunio capturados en los cuatro rincones del África; difícil llevar la cuenta de los vivos, mucho más difícil saber cuántos no consiguieron superar la prueba y fueron arrojados por la borda, pero que fuimos muchos nadie lo duda, millones y millones de personas que, una vez a bordo del barco, nos convertíamos, gracias a la extraña macumba económica de los blancos, en «negros», sin más alma que la de la mercancía, el alma sin alma que tienen las cosas encantadas por el hechizo del mercado, manejado sabiamente por la mano invisible blanca que mueve todas las manos pardas, brujería más eficaz no se han podido inventar, no señor. Luego nos vendieron en mercados, en plazas públicas, en subastas, como animales de carga y, así, de a poquitos, a punta de garrote, perrero, castigo, socavón y latigazo, a muchos nos fueron quitando el idioma, los recuerdos. Se empeñaron en borrarlos cualquier rastro del espíritu que traíamos en el viaje, a muchos nos encartaron con unos apellidos que eran en realidad los apellidos de nuestros propietarios, como si no les hubiera bastado con marcarnos el pellejo a hierro candente. ¿Pero saben qué? ¿Saben qué, señoras y señoritos? No pudieron borrarlo todo. No pudieron sencillamente porque no se puede borrar nada, en realidad nada se borra. Todo queda marcado. No hay olvido. Todo deja un rastro, más si se trata de un crimen de semejante tamaño. Ya pueden hacerse los zurumbáticos y mirar para un ladito, como si la cosa no tuviera que ver con ustedes, pero aquí estamos nosotros, como cuerpos del delito. Cuerpos que, a pesar de todo, siguen sabiendo, sí, claro, porque borrarlos mucho, pero a nosotros nos quedaron las marcas. Y a los macheteros nos quedó el falso, que no es un simple movimiento de pies, sino una técnica para que la cadera se mueva de cierto modo particular y el cuerpo empiece a recordar. Nadie sabe lo que puede una pelvis. Es la pelvis, y no los pies, la que hace el dibujo, el arcano depositado en el centro del cuerpo y es gracias a ese trazo que el mundo perdido vuelve a empezar. ¡Fundaremos nuestro nuevo mundo negro desde un falso! Así pensó Miguel, viendo cómo Cero, un blanquito, medio cafeconleche –con sus varios negros y no pocos indios trepados en el árbol genealógico– ejecutaba los movimientos de la esgrima y en sus esfuerzos físicos se notaba que algo, no sabemos qué, en medio de todo ese olvido empozado, comenzaba a asomar... Hasta la pelvis de Cero puede. Si Cero puede, todos pueden.

Los tres maestros, cansados y risueños después de haber estado practicando durante horas, se sentaron en un rincón del patio para refrescarse con agua de pepino.

Don Sando aprovechó que estaba entre personas entendidas en materias misteriosas y se apresuró a contar lo que le había sucedido la tarde anterior con el Duende. Porfirio y Miguel lo escucharon con la boca abierta, rascándose la cabeza con cada revelación. ¿Así que el Duende en persona había acudido a un llamado de don Sando? ¿Cómo era posible que el Duende no tuviera los conocimientos macheteros perdidos? ¿Quién los tenía entonces? ¿El-Que-Ya-Sabemos? ¿O sea, el Viruñas? ¿O sea que don Luis Vidal se había llevado algún secreto a su tumba?

Todo era muy confuso, juzgó Miguel, intrigado. Oiga, don Sando, dijo al cabo de un rato de darle vueltas al cuento, ¿así que por fin se vieron las caras con el Duende, después de tantos intentos que hizo usted? Y don Sando, pícaro y engreído, se arregló el cuello de la camisa diciendo: pa que vean con quién me codeo ahora. Porfirio soltó la gran carcajada por la fanfarronería de don Sando: tanto abrió la boca que Miguel, mirando semejante agujero, pensó en el remolino que, según acababa de escuchar, había utilizado el Duende para introducirse en las aguas del Guachené. Y el sobreentendido de toda esa guasa era que don Sando había intentado desafiar al Duende en su juventud, pero nunca lo había conseguido. En una ocasión, en sus años mozos, siguiendo las instrucciones de unos viejos macheteros que querían jugarle su buena chanza,

don Sando incluso había acudido a un cruce de caminos en forma de X, había recitado la oración y había insultado al Duende con todas las malas palabras que conocía. Pero el Duende no acudió a la cita porque, según don Sando, la oración y el ritual de insultos y aspavientos no bastaba para invocarlo. Había que tener, además, el secreto. Sin secreto, de nada valía todo el resto de la fórmula. Uno puede tener el ritual, pero lo que vale es el secreto.

Doña Yasmín Góngora, la esposa de don Porfirio, que durante toda la práctica había estado bordando en silencio con sus muchos hilos de colores sobre una tela negra, intervino en la charla demostrando precisión y sabiduría: Queridos amigos, dijo, ustedes saben que ese Duende es tramposo y suele enredar el camino con medias verdades, entonces yo me cuidaría muy mucho de tomar sus palabras al pie de la letra. El Duende habla torcido, en clave, con el secreto enhebrado en la aguja. Ustedes saben que yo de bruja tengo poco o nada, pero en cambio en esto de bordar sí soy maestra. A la final, ¿no es cierto que la aguja viene a ser como un machete pero en miniatura y, por eso mismo, mucho más fino por su esatitú? Pues bien, mientras ustedes entrenaban su grima, yo iba cosiendo aquí en mi tela y miren por dónde que así, como quien no quiere la cosa, di con la solución o, para decirlo con justeza, le saqué todas las pepas a la guanábana. Dicho lo cual, doña Yasmín les enseñó a los hombres el hermoso y delicado patrón geométrico que había bordado en su tela negra, pero ninguno dio muestras de saber leer nada de lo que allí decía. Doña Yasmín, paciente, aclaró la letra y el mensaje: Aquí lo exponen los hilos, justo aquí donde la puntada se pone más gruesa, donde parece que la línea se vuelve trenza, donde el rojo, el verde y el zapote forman como este río que son en realidad estos tres hombres que andan por el mundo como desamparados, escarbando en el pasado. Aquí lo dice claritico, amigos, que tienen que ir a pedirle consejo a sus colegas mujeres, las macheteras de La Toma, montaña arriba, en el municipio de Suárez. Eso dicen los hilos.

Don Sando y Miguel se miraron con ojos de solemnidad y misterio, enseñando mucho lo blanco de los ojos como dos espíritus burlones.

CUATRO

Don Sando había crecido escuchando historias de sus abuelos y bisabuelos acerca de una misteriosa logia que vivía en las montañas cercanas al municipio de Suárez desde el tiempo colonial, cuando sus fundadoras se fugaron de las plantaciones y las casas de hacienda para formar un palenque gobernado por un consejo de sabedoras y practicantes de antiguas artes macheteras, artes que ningún otro maestro de la región conocía, pues se mantenían en el más celoso hermetismo y eran transmitidas exclusivamente a las mujeres iniciadas en los misterios de la sociedad secreta. A esa logia se la conocía popularmente como las macheteras de La Toma, pero nadie sabía si era otro de esos cuentos para asustar a los niños blancoideos. Dicho de otro modo, si los macheteros del Cauca habían sobrevivido al paso del tiempo envueltos en un aura poco menos que fantasmal, alrededor de las macheteras de La Toma sólo había pura bruma, un resto oscuro de pura ilusión y polvo de cuchicheo.

Mientras la camioneta iba dejando atrás el valle y comenzaba a subir por carretera destapada y arcillosa hacia las colinas que ondulan al pie de la Cordillera Occidental, a medida que el amanecer iba regando por el mundo una leche morada y dulceamarga, don Sando recordaba el temor que en sus tiempos de infancia la sola mención de los macheteros del Cauca solía despertar entre los blancoideos de Caloto, Santander de Quilichao, Popayán y Cali. Pobres blancoideos, se rio don Sando, se cagaban en las patas con la mera imagen fantasiosa de las montoneras de negros a caballo, blandiendo los machetes en alto, regresando de la espesura como regresan en medio de las pesadillas las bestias del remordimiento. Las macheteras de La Toma ni siquiera entraban en ese orden del trauma: las leyendas de esta sociedad secreta de mujeres ocupaban un sustrato mucho más profundo de la tradición oral. Y por eso don Sando, sin dejar de admirar cómo se despezaban las copas de los árboles con las primeras luces del día, se preguntó si no estarían yendo hasta allá, tan lejos de su valle, tan arriba en la loma, a perseguir un fantasma, un cuento chimbo. De ahí que, cosa rara en él, prefiriera ventilar esa duda con sus compañeros de viaje. Miguel le recordó que tenían el bordado que les había entregado doña Yasmín, una tela negra con figuras geométricas zurcidas en hilos de colores que los hombres podrían utilizar como santo y seña para llegar a buen destino. Cero, por su parte, aprovechó la oportunidad que le daban sus amigos y explicó sus pareceres: Yo con ustedes me siento siempre como si anduviéramos persiguiendo fantasmas, y de tanto sentirme así, hasta he llegado a pensar que nosotros tres estamos muertos y que los fantasmas somos nosotros. Porque los fantasmas son muertos que creen que siguen vivos, eso ya se sabe. Así que yo tampoco tengo ningún temor de que nuestro viaje no tenga un propósito muy concreto. Los fantasmas deambulan sin rumbo fijo, atravesando muros por el puro placer de atravesarlos.

Miguel y don Sando se rieron a cumbamba cajetiada con las ocurrencias de Cero, pero no pudieron espantar así como así la sensación de que había algo de razón en las palabras de su amigo blanquito. Afantasmados, llegaron al municipio de La Toma, más precisamente a la casa de Yeison, un primo segundo de Miguel, que se les rio en la cara cuando le contaron a qué habían venido. ¿Las Mache... cómo... que qué? ¡Ay, ay, ay! ¿Ustedes de verdad creen en ese cuento? ¡Ay, ay!

Tanta risa le dio a Yeison que empezó a llamar a toda la gente que había en el fondo de la casa para repetirles el chiste. ¡Vengan, vengan! ¡Vengan a oír esto! Estos tres dizque quieren ver a las

mache... ¡ayy, ayy! Y de la risa se doblaba por la mitad y se agarraba las tripas como si se les estuvieran cayendo de su enorme panza.

Los macheteros soportaron la humillación y hasta se dejaron contagiar por la risa de Yeison, que en todo caso los hizo pasar y les ofreció desayuno. En fin, en fin, primos, les dijo, cuando estuvieron sentados a la mesa delante de unos huevos fritos con retacada de guineo hartón, lo bueno es que subieron hasta acá a visitarnos y en un día bien especial porque esta noche hay un velorio. ¿Y eso de quién?, preguntó Miguel. A lo que Yeison respondió bajando la voz: Mataron a un muchacho, dijo. Fabio Ararat. De los que trabajan con Francia Márquez en la defensa de lo nuestro, o sea, en la defensa de lo que es de todos.

Miguel le contó a su primo segundo que abajo, en el valle, cerca de Santander de Quilichao, habían encontrado dos cadáveres. Aquí la guerra no se acaba nunca, dijo, aquí la guerra sigue y sigue y sigue. Pero ya no es igual, opinó Yeison, ya no son combates como los de antes. Ahora nos van matando de a uno por uno, van eligiendo día a día a quién matar. Ayer fue Fabio. Mañana quién sabe. Y como es natural, la gente ya no aguanta más. Los indios ya avisaron que van a tapar la carretera. Se viene la minga con todo y hay que estar preparados.

Después del desayuno, sin otra arma que sus machetes y el pedazo de tela bordado que les había dado doña Yasmín, a sabiendas de que se exponían al escarnio y la burla de los pobladores, don Sando y Miguel salieron a dar una vuelta por la zona a ver si alguien les daba razón de las famosas macheteras. Cero prefirió quedarse en la casa de Yeison porque, según dijo, quería tomar unas notas.

La expedición de Miguel y don Sando fue tan infructuosa y desesperante como ellos mismos habían supuesto. En todas las casas donde arrimaban a preguntar, enseñando su pedacito de trapo, eran recibidos con carcajadas, ceños fruncidos y, en algunos casos, hasta les cerraban la puerta en las narices. Nadie les daba razón, nadie siquiera les tiraba una pista, un indicio.

Al final va a ser cierto que las tales macheteras de La Toma no existen, dijo Miguel. Don Sando, sin embargo, seguía maliciándose algo y continuaba con la pesquisa para desesperación de su discípulo, que no le encontraba sentido alguno a seguir exponiéndose a las burlas de los lugareños.

Un par de horas más tarde, cuando los dos maestros, derrotados, se habían sentado a descansar en lo alto de una montaña desde la cual tenían una buena vista de toda la zona, don Sando desembuchó nuevas sospechas. Está clarito que esta gente nos está escondiendo algo, dijo. Una cosa que yo he aprendido después de muchos años es que, por norma, la gente tiene más ganas de hablar que de quedarse callada. Y si se trata de un tema sabrosito, tanto más. Lo esperable habría sido que al menos dos o tres o cuatro personas nos hubieran contado algo, por la pura gana de contar, por la pura gana de chismosear, dando rienda suelta a la naturaleza humana, que consiste en poner a rodar la bolita. Lo que definitivamente no me creo es que todos, toditicos, se queden callados. Todo este pueblo está empautado para no decir ni mu sobre su principal secreto, que son las tales macheteras. Y seguramente nos vamos a ir de aquí con las manos vacías, sin nuestro averiguao, pero a mí nadie me saca de la cabeza que el empaute aquí es de hacer calladuría social y colectiva para proteger su secreto.

Miguel, casi al borde del mal genio, volteó a mirar a don Sando: ¿O sea, maestro, que, según eso, mi propio primo se está haciendo el bobo?

Ni más ni menos, respondió don Sando.

De repente, en la cima de una montaña cercana ambos maestros vieron a la vez un resplandor que les robó toda la atención. ¿Qué será eso?, dijo Miguel. Parece alguien haciendo señales con

un espejo. Don Sando siguió atento, sin emitir veredicto. El resplandor, curiosamente, se iba desplazando montaña abajo, internándose poco a poco en un cafetal que acabó por ocultar lo poco que se alcanzaba a distinguir de aquella luz. Pasaron unos instantes hasta que, en un claro del cafetal donde sólo había pasto de engorde, volvió a verse el resplandor, sólo que ahora se percibía a las claras que la luz se desplazaba a lomos de un animal peludo. ¿Un caballo cargando un espejo? ¿Era eso? Difícil saberlo a ciencia cierta porque entre los muchos pliegues de la montaña las cosas aparecían y desaparecían de manera caprichosa.

A Miguel siempre le habían llamado la atención las diferencias entre el paisaje de montaña y el paisaje del valle, pero nunca había tenido ocasión de reflexionar sobre el asunto. En el valle había espejismos, por supuesto, sobre todo cuando hacía mucho calor y la humedad del suelo levantaba espectros bailarines que acentuaban la solitaria uniformidad de las planicies. Acá arriba, en cambio, la cosa era distinta: un mínimo cambio de luz, obrado por una nube pasajera, digamos, o por una ventisca efervescente, podía llegar a transformar toda la apariencia de una falda, con sus frondas camaleónicas y el tiritar de sus florecimientos, provocando una danza donde la montaña misma parecía cambiar de forma y desplazarse como un enorme lagarto que despertara de repente. Ésa era otra de las cosas que distinguía, a pesar de la relativa proximidad y de los lazos de sangre, a las gentes del valle de las gentes de la loma. Estos últimos, envueltos desde el nacimiento en las ilusorias transformaciones de la montaña, desarrollaban un carácter un poco más desconfiado, esquivo, y eran buenos para guardar secretos, como lo estaban comprobando los dos maestros. Los del valle, por su parte, eran más expansivos y directos; amantes del misterio igualmente, pero más dados a compartirlo. Y esas diferencias también se reflejaban en los estilos y concepciones de la esgrima de machete, sin duda. Acá en la montaña ni siquiera usan cartillas, no ponen nada por escrito. Todo se lo secretan de oreja en oreja, de maestro a alumno. Nosotros allá abajo confiamos en la escritura de las enseñanzas, aunque, como es sabido, no cualquiera sabe leer las figuras y los textos de las cartillas y los manuales. Toda escritura tiene su intérprete. Los maestros macheteros de la montaña no confían ni en la escritura de su sombra. El maestro Ananías Caniquí, por ejemplo, de la vereda Mazamorreros, aquí cerca, lo que sabía lo sabía por enseñanza directa, sin mediación de cartilla alguna.

Don Sando se levantó. Voy a ver qué es eso, dijo, espéreme aquí. Y empezó a bajar por la ladera. Pronto Miguel vio cómo su maestro se integraba a las siniestras leyes ópticas de la montaña. Ora su cuerpo parecía diminuto ora gigantesco mientras caminaba al encuentro del extraño resplandor a caballo. Ambas formas se perdían durante largos minutos en los desfiladeros que sugerían cavidades anatómicas recubiertas de variados pelambres, y la atención de Miguel, atrapada en las fluctuaciones del pellejo vegetal, se mimetizaba con el fenómeno, de modo que el machetero ya no sabía si estaba muy concentrado o definitivamente distraído. A ratos, don Sando resurgía como una manchita de color blanco en la mitad de un potrero o cruzando un riachuelo, pero sólo para volver a desaparecer casi al instante en la espesura. Miguel sintió un ligero mareo, algo parecido al vértigo y se le vinieron a la mente las palabras que Cero había pronunciado unas horas antes: que ellos eran fantasmas, gente muerta que cree seguir viva y va por ahí atravesando paredes, deambulante. ¡Yo no estoy aquí!, dijo en voz alta Miguel, creyendo descubrir un terrible secreto. ¡No estamos aquí! ¡No estamos! ¡Hay una montaña que se mueve como un lagarto! Y yo no estoy aquí, sino que estoy viendo esto desde otra parte, quizás en un sueño.

Era tan fuerte la sensación de ausencia de su propia persona, tan intensa era la captura sensorial por parte de la montaña, que el cuerpo de Miguel empezó a menearse suavemente como hacían las ramas de un gradual donde el machetero tenía puestos los ojos. Allá abajo, en un claro

de hierbas altas, quién sabe a cuántos metros –y, al final, de nada valdría saberlo, pues las distancias aquí se distorsionan hasta extremos inverosímiles–, Miguel pudo ver el encuentro de don Sando y la figura que cargaba a lomos el fulgor. Era, en efecto, un caballo, pero lo que traía no era un espejo sino una televisión de plasma, sujeta a la montura mediante un complicado arreglo de nudos. Y lo más llamativo a ojos de Miguel es que la televisión estaba puesta de tal modo que formaba una cruz con el cuerpo del animal. Una cruz que él, desde la altura, podía ver escrita como una marca maligna en el paisaje. Luego vio cómo don Sando se acercaba al caballo y trataba de agarrar la brida, pero el caballo corcoveaba, desesperado por deshacerse de esa carga tan molesta. Tiraba peligrosas patadas que don Sando, vaya a saber cómo, consiguió esquivar. Miguel no se dio cuenta de en qué momento había comenzado a caer sobre su cuerpo una llovizna ligera. De repente sintió la camisa mojada y sólo entonces se percató. Fue su último momento de conciencia. Don Sando rodaba por el suelo delante de una cruz. ¿O era una X? Esquivando patadas. Llovía. Definitivamente llovía. Miguel no podía moverse porque no estaba allí, ni en ninguna parte. Miguel no estaba. Algo a través de él veía todo cuanto sucedía, pero ese algo no era nadie. Y nadie no se movía pero era capaz de ver en el potrero una X electrizada por la tormenta y al anciano maestro dando saltos, untándose en el suelo, rodando, desgonzado. Un rayo cayó con asombrosa lentitud sobre la copa de un árbol. Un rayo moroso, ramificación nerviosa que atraviesa el globo ocular que no se cierra nunca. Y así, bajo la luz helada de aquel relámpago, nadie vio con claridad el momento culminante del enfrentamiento entre los dos signos: don Sando se ponía de pie y de un brinco se arrojaba al interior de la X, que en simultáneo dejaba el potrero como una hoja en blanco sobre la que no se hubiera escrito nada nunca. Ambas figuras se habían anulado la una a la otra. Ambas figuras, podría decirse, se habían cancelado en el momento del salto. ¿Adónde habían ido a parar?

El estremecimiento de nadie con aquel acto de desaparición produjo un eco que alcanzó a llegar a las orillas del último Miguel. Miguel volvió a sentir su camisa mojada. La lluvia cayendo en la cara. La cara donde los ojos se cerraban para recibir las gotas y luego volvían a abrirse para ver el Gran Párpado que no se cierra nunca. Más rayos como nevaduras lentas. Rayos que caían como amagando sin amagar, como un buen cobrador de penales, pensó Miguel, regresando de su viaje al reino de nadie. Rayos como penas máximas bien ejecutadas.

Un árbol ardía al pie del potrero donde don Sando acababa de desaparecer.

Miguel tardó un buen rato en recuperar la capacidad de moverse, pero seguía al límite de su propio ser, a duras penas habilitado para sujetar una presencia. Sigo sin estar, pensaba, pero al menos puedo decir eso.

Se levantó despacio, tratando de controlar el ritmo de la respiración y bajó por la ladera hasta llegar al potrero. Sobre el pasto reconoció las huellas del combate entre el caballo y su maestro. Lo único palpable que encontró fue el sombrero de don Sando, tirado junto al árbol en llamas. Miguel pasó el pulgar por el borde del ala y comprobó el filo de las veintisiete cuchillas yilé. Ese sombrero era un arma mortal, sin duda. Bien arrojado podía provocar terribles daños en el rostro o los brazos de un oponente malintencionado. Con el sombrero en la mano, Miguel se sintió más seguro, más dueño de sí mismo, y emprendió el regreso al pueblo, aunque en semejante estado de atarantamiento demoró mucho en encontrar el camino y, de hecho, se perdió en varias ocasiones, desorientado por los caprichosos recovecos de la montaña.

Cuando llegó a un sendero que le resultó familiar, ya estaba cayendo la tarde. Por suerte, había dejado de llover. Miguel tiritaba de frío, empapado y medio ausente, pero sabía para dónde iba y tenía un arma en la mano. Nada malo puede pasarme, se dijo. Con el sombrero de don Sando nada

malo me puede pasar. Y repitiéndose esas palabras volvía a acariciar con el pulgar una y otra vez el filo de las cuchillas disimuladas en el ala. Quienes unas horas antes lo habían visto pasar, ahora lo miraban con la extrañeza y la compasión que inspiran los locos.

Convertido en una de las primeras sombras de aquella noche recién nacida, Miguel entró por la única calle del pueblo. El aguacero había dejado el camino lleno de charcos que aquel despojo espectral no se molestaba en rodear. Sumergía los pies casi hasta la altura de los tobillos.

Miguel sintió que lo agarraban del brazo. Era una mujer, que se le había acercado sin que él se diera cuenta. Venga, le dijo, que usted está espantao. Venga repose un rato.

El veterano machetero se dejó conducir hasta una casa, donde lo obligaron a recostarse en una cama, al pie de una mesita de noche donde un coro de velas blancas parecía cantar el encantamiento de un silencio benefactor. Ahora sí que ya me morí, pensó Miguel. ¿No había un velorio esta noche? ¿Acaso no le había dicho eso su primo Yeison durante el desayuno? El muerto soy yo, pensó Miguel, que ni siquiera podía llorar en su media ausencia. Me mataron, se dijo, me mataron y no me di cuenta. A lo lejos se escuchaba una música de violines y tambores. La música de los funerales negros.

CINCO

En la mesita de noche sólo había una plasta informe de cera blanca y una mecha todavía humeante, lo que indicaba, dedujo Miguel, que la mañana ya estaba bien entrada. Sentado en el borde de la cama vio a Yeison, sonriente, como siempre. La música de violines y tambores seguía retumbando desde alguna casa vecina. ¿Cómo amanece, primo?, saludó Yeison, ofreciéndole una taza de café recién colado. Miguel se incorporó para beber y después del primer sorbo fue capaz de responder que bien, que se sentía mejor. Y así era. El machetero había recuperado todas sus facultades físicas y mentales después del descanso nocturno, aunque seguía afectado por la impresión de lo sucedido la tarde anterior.

Nos estamos preparando, dijo Yeison, ¿voj venís con nosotros? Adónde, quiso saber Miguel, todavía desorientado. No entiendo, dijo, adónde nos vamos.

Yeison, paciente, lo puso al tanto de toda la situación. Los indios habían bloqueado la carretera Panamericana esa misma madrugada y, después de una asamblea extraordinaria, las comunidades negras de todo el norte del departamento se unirían a la protesta para apoyar las exigencias del consejo regional indígena. No más asesinatos de líderes, no más incumplimiento de los compromisos, no más persecución política, no más estigmatización de los defensores del territorio, no más. ¡Nos vamos a la minga!, dijo Yeison, que se puso de pie de un salto y salió de la pieza para seguir con los preparativos.

Después de la ducha, Miguel volvió a ser el Miguel de siempre, agudo y bien dispuesto. En un rincón de la pieza vio todo el equipaje, el suyo y el de sus amigos, incluidos los machetes y los palos de guásimo. Luego preguntó por toda la casa si alguien había visto a Cero o al maestro Sandoval pero nadie supo darle razón. Salió a la calle para seguir averiguando y nada, nada de nada. Todo el pueblo estaba volcado con el velorio, la asamblea y la minga y, como los músicos no habían dejado de tocar en toda la noche, la gente iba por la calle como embrujada por la persistencia de los golpes de tambor, renuente a la charla casual.

Miguel se puso a caminar, ya sin otro propósito que despejar la mente, y bajó hasta la orilla del río. Allí había una multitud congregada alrededor de una mujer que, con voz firme y serena, trazaba un diagnóstico y un plan de acción para quienes la escuchaban. Era nada más y nada menos que Francia Márquez, arengando a su gente. Y había tanta fuerza en sus palabras, tanta verdad, tanta intensidad y amor, que Miguel se unió a la muchedumbre, embelesado y con los ojos cargados de dignidad. Compañeros y compañeras, decía Francia, son siglos, siglos de lucha por estos territorios. Yo he estado varias veces en el archivo histórico del Cauca, en la Casa Mosquera, revisando esos mamotretos. Y allí consta que, al menos desde 1632, nuestros ancestros consiguieron asentarse aquí para barequear oro en el río y trabajar la tierra, cuidando el agua, el bosque, la montaña. Sabemos cuál es la historia y no nos van a venir a engañar con cuentos, sabemos quiénes somos, quiénes fueron nuestros opresores y cómo obtuvimos el derecho a vivir aquí: fue con trabajo, compañeros y compañeras. No somos los propietarios, somos los cuidadores, los guardianes de estas tierras. Los que sabemos cuidar de la vida. Y por eso nos atacan, por eso nos persiguen, por eso nos desplazan y por eso nos matan. Porque ellos, este Gobierno, donde encontraron guarida los descendientes de quienes esclavizaron a nuestros tatarabuelos hace cuatro siglos, hoy son agentes al servicio de una gran máquina global de muerte, una máquina automática que produce muerte, que subsiste gracias a la producción de muerte. Y

nosotros somos todo lo contrario: nosotros producimos y cuidamos la vida. O lo que viene a ser lo mismo, cuidamos el futuro. Y no sólo el futuro de nosotros como comunidad, no, compañeras y compañeros, cuidamos el futuro de todos, hasta el futuro de ellos y el de los hijos de ellos. Porque esa máquina automática de muerte está acabando con todo el planeta y sin planeta ni siquiera ellos van a poder sobrevivir. No nos equivoquemos, esto ya no es sólo una lucha por la propiedad de la tierra, es una lucha por la defensa del planeta en su totalidad. Defender cada palmo de nuestro territorio es defender la vida. Ellos quieren tierra para destruirla con su ganado y sus monocultivos y su minería depredadora. Nosotros no queremos tierra, queremos territorio. Son dos cosas bien distintas. La minga indígena, la minga negra, es una lucha universal, negra y universal, que son sinónimos, una lucha de todos. Es un pleito local que le atañe a toda la humanidad. Y ojo, muchachos, esta máquina de muerte no está por allá lejos, en las capitales del mundo, esa máquina de muerte es astuta porque trabaja dentro de cada cuerpo, de cada alma. La máquina de muerte coloniza nuestro lenguaje y nos domina hasta que consigue hablar por nosotros, en nuestro nombre. Así que, compañeros y compañeras, yo los invito a todos a que nos sumemos a la minga, que apoyemos, que mostremos nuestra solidaridad con los compañeros indígenas, que nos cuidemos entre nosotros. Se vienen unos días, unas semanas, muy duras. Y necesitamos estar juntos, siendo los ojos del otro, las manos del otro, las piernas del otro, por si toca correr, por si toca marchar. Cuidémonos entre todos. Gracias, compañeras y compañeros.

La gente estaba tan emocionada que ni siquiera aplaudió. Ese silencio, sin embargo, bastó para envolver el cuerpo de Francia Márquez en una oleada de amor y fuerza.

La muchedumbre marchó de regreso hacia el pueblo cantando y bailando un currulao combativo:

No se rinde, carajo.

El pueblo no se rinde, carajo.

La gente se respeta, carajo.

La minga en pie de lucha, carajo.

El pueblo no se rinde, carajo.

No se rinde, carajo.

En ésas, un muchacho muy delgado de unos quince años se acercó a Miguel y le preguntó si él era uno de los macheteros que habían llegado el día anterior, a lo que Miguel, ceñifruncido, respondió que quizás sí, dependiendo de para qué fuera, dijo. El muchacho le informó que su amigo blanquito se había fugado con una mujer. ¿Una mujer?, preguntó Miguel. Sí, dijo el muchacho, una señora muy bonita pero de muy mala fama que viene de vez en cuando por acá. Doña Nubia. ¡Nubia!, gritó Miguel, con el espinazo electrizado. ¡Nubia! ¡¿La bruja Nubia?! El muchacho le pidió que bajara la voz. Con esa señora hay que tener mucho cuidado, dijo, porque tiene orejas por todas partes. Y Miguel recordó la historia aterradora del cautiverio de Iginio Mina en manos de aquella poderosa hechicera de Villarrica. Pobre Cero, pensó Miguel, acongojado, impotente. Pero eso no es lo peor, dijo el muchacho, yo los vi irse en el carro de su amigo y los seguí en mi bicicleta para ver adónde iban. Escondido detrás de unos zarzales de mora vi todo. Doña Nubia agarró a su amigo, que ya no tenía voluntad y obedecía como niño chiquito, se lo llevó a un guadual que queda a la salida del pueblo, por el camino que va a la Salvajina, y allí mismo le echó su brujería...

El muchacho ya no dijo nada más. Se limitó a entregarle a Miguel una cajetilla de cigarrillos President en cuyo interior había un cucarrón gordo y zumbador, de esos que tienen pinceladas de color rojo y turquesa en las alas y un cuernito de ciervo en la cabeza.

No hicieron falta explicaciones. La bruja había transformado a Cero en un insecto y se había llevado su carro.

El muchacho se alejó de la muchedumbre marchante y se internó en el monte.

Miguel puso la cajetilla en el bolsillo de la camisa y dándole golpecitos suaves con los dedos dijo en voz alta: Tranquilo, compañero, que de esta salimos enteros. Y seguro que dentro de unos años nos vamos a reír mucho con este cuento.

El veterano machetero pensó entonces que, a veces, los viajes son así: uno sale con un propósito y en el camino se desvía y descubre que había otro destino. Sus amigos se habían extraviado o lo habían abandonado, quién sabe, pero él estaba convencido de que ahora debía unirse a la minga y poner todos sus conocimientos al servicio del dulce y firme liderazgo de Francia.

SEIS

Esa misma tarde, en una caravana de catorce chivas retacadas de gente y comida, los mingueros negros bajaron de la montaña para unirse al bloqueo de la vía Panamericana.

Lo primero que llamó la atención de Miguel fue el sofisticado sistema de ocupación que los indígenas, en menos de veinticuatro horas, habían montado sobre la carretera. Su idea de la minga se basaba, hasta entonces, en las imágenes de caos social que divulgaba la televisión: barricadas, alambres de púa, rocas, obstáculos en llamas, indios corriendo delante de los escuadrones de la policía antidisturbios, encapuchados. En definitiva, Miguel creía que se trataba de un simple bloqueo de la carretera, una cosa rudimentaria, chambona y desordenada. Por eso le sorprendió tanto ver que los indios organizaban más bien una especie de complejo arquitectónico móvil, flexible y temporal, con grandes carpas, túneles, y pasadizos hechos de materiales reciclados, divisiones espaciales delimitadas por fronteras naturales o artificiales, con usos distintos para reuniones sociales, acopio de recursos, zonas de descanso, centros de mando y estrategia, comedores, cocinas y hasta guarderías infantiles. Miguel, asombrado, lo comentó con su primo Yeison, veterano de muchas mingas, que conocía bien el funcionamiento de aquel elaborado sistema. Así es, dijo Yeison, además la ocupación no sólo está sobre la carretera, es algo más amplio y cubre todo el terreno de los alrededores, integra los accidentes topográficos, más bien, así resulta mucho más difícil vulnerar nuestra defensa. Eso no es que se ponen las barricadas y ya, no, señor. Es una cosa mucho más sutil, que requiere un conocimiento del terreno que la policía antidisturbios sencillamente no tiene. A ellos los entrenan en un espacio liso, abstracto, sin accidentes. Van bien equipados, eso sí, parecen robocops, con esos uniformes acorazados y las armas y las tanquetas. Pero los pobres entran aquí con sus formaciones geométricas, en cubo, en triángulo, en rombo, y el propio terreno, la montaña, mejor dicho, se encarga de dañarles sus figuritas imaginarias. Es relativamente fácil romper esas formaciones, con un poquito de ingenio y mucha ayuda de estas laderas faldudas y plisadas. Estos robocops no nos dan un brinco. Por eso se desesperan y acaban disparando balas de verdad contra nosotros. Hay que tener mucho cuidado, primo, porque esta gente a veces tira a matar. Miguel estaba ansioso por participar en las labores de vigilancia de las barricadas, pero cuando los grupos se subdividieron hubo un veloz reparto de tareas y, dada su falta de experiencia en mingas, el veterano machetero fue enviado a colaborar en las cocinas, donde estuvo hasta la noche pelando papas, picando cebollas, revolviendo caldos y sirviendo el mote.

A eso de las diez, con la lengua afuera y los ojos arratonados, Miguel se arrastró hasta uno de los comedores comunales a la orilla de la carretera y dejó caer su corpachón en una hamaca que alguien había guindado de un palo de mango. Pero había tanto ruido a su alrededor que era imposible dormir. Aparte del trasiego de los mingueros que iban y venían, un grupo de jovencitos bailaba un interminable *playlist* de diabladas y sayas de carnaval boliviano. La música salía a todo volumen de un parlante conectado a una computadora y los chicos seleccionaban las canciones en Youtube para luego hacer una coreografía de saltitos sincopados y giros. Estaba muy cansado para prestar atención, así que simplemente dejó que su mirada se perdiera en los movimientos de los bailarines, viendo sin mirar. Qué raros le parecieron esos ritmos venidos de Bolivia a Miguel, aparentemente cuadrículados, pétreos, pero dotados de una elasticidad

inesperada que iba engañando las expectativas sobre en qué momento caería el tiempo fuerte. Eso pensaba Miguel sin pensarlo, entregado a la experiencia desde la más profunda distracción.

Un rato después, se fueron sumando más bailarines, trajeron chirrincho dulce, de ese que beben los indios, y se montó la fiesta. Miguel ni siquiera se dio cuenta de en qué momento se puso a bailar diablada con cuatro mocosos, que le iban enseñando los pasos y le indicaban que debía usar los índices como cuernitos. El cansancio había desaparecido como por milagro. Y ahora era todo carcajadas y trago va y trago venga, brinquito, vuelta, pasito adelante, al medio y atrás. Y otra vez la risa. Qué bien le hacía a Miguel reírse así, después de que la noche anterior se había dado por muerto. ¡No estoy muerto!, pensaba Miguel, en pleno éxtasis del chirrincho y el baile. ¡Todavía no han podido conmigo! ¡Estoy vivo! ¡La vida vive en mí! Y como suele suceder en esos momentos, el machetero sintió que ese profundo y misterioso júbilo que lo llevaba a celebrar la vida estaba habitado de sombras y penas antiguas, pero también de dolores recientes. Dedicó un instante a lamentar la desaparición de don Sando en circunstancias que todavía estaban por aclararse y, a continuación, en medio de un salto de la diablada, se llevó la mano al pecho no sin cierta preocupación porque, a todas estas, con la emoción de la minga, se había olvidado de Cero. ¡Mierda, Cero!, dijo en voz alta, y los bailarines a su alrededor no entendieron nada y vieron cómo Miguel se retiraba a un rincón para examinar el contenido de una cajetilla de cigarrillos que llevaba en el bolsillo de la camisa. Por suerte, ahí seguía el cucarrón. Miguel agarró un puñadito de arroz que encontró en un plato sucio y lo arrojó al interior de la cajetilla, donde el insecto devoró cada grano con fruición y, una vez satisfecho, sacudió sus alas y salió volando por el espacio. Miguel no tuvo chance de reaccionar. A duras penas, con la boca abierta, pudo seguir el torpe aleteo del cucarrón, que dio un rodeo por sobre las cabezas de los danzantes y regresó dócilmente a su guarida. Miguel cerró la cajetilla de cigarrillos y, aliviado, la puso de vuelta en el bolsillo de su camisa.

Luego fue a buscar un poco de agua en la cocina para refrescarse y, allí, lejos del alboroto de la fiesta, pensó en la triste situación de su amigo Cero, víctima del hechizo de una bruja poderosa. Conociéndolo como lo conocía, a Miguel no le resultó difícil imaginar la escena, con la despampanante Nubia arrojando todos sus encantos diabólicos sobre la apabullada y arrecha humanidad de Cero. Quién podría resistirse, de todos modos, pensó. ¿Lo habría conseguido yo, con puro aplomo de machetero? Lo dudo. Y pensar que el pobre Cero estaba preparando un libro sobre las aventuras de los grimistas... ¿Será posible devolverlo a su forma original? ¿Habrá brujería capaz de revertir este hechizo tan verraco? Quizás no, quizás ya no podría ocuparse de escribir las historias de los macheteros... Quizás Cero no era la persona indicada para contar cosas de negros, quizás esa labor le correspondía a los propios negros y no a un intelectual cafeconleche... Quién sabe... Igual, concluyó Miguel, su amigo no era ningún apropiador de las cosas de los negros, sino más bien una especie de contrabandista, alguien que lleva y trae cosas de un lado al otro, brincándose y en últimas tratando de borrar las fronteras raciales que el hombre blanco inventa para garantizar su derecho de dominación, para marcar el terreno con su sistema de medidas. Y aunque a veces tenía dudas sobre la legitimidad de sus actividades, Cero en últimas se cagaba en todo ese complejo mecanismo de segregación y no permitía que le dijeran desde dónde hablar y cómo.

Miguel se secó el sudor de la frente y el cuello con lo primero que encontró en sus bolsillos, que resultó ser la tela bordada que les había dado doña Yasmín Góngora. Lo cierto es que estaba tan ebrio, tan cansado, tan confundido después de tantas aventuras, que ni siquiera se dio cuenta de lo deshonroso del acto, pero una mujer negra muy alta, la cabeza cubierta por un turbante de

colores, no pasó por alto lo que acababa de suceder y se le acercó desafiante. ¡Señor, disculpe!, le dijo. ¡¿A usted sí le parece bien agarrar un tejido tan valioso como si fuera el pañuelo de los mocos?! Y sin darle tiempo a responder, la mujer llamó a unas compañeras suyas, también negras y también de turbante, que andaban por allí cerca.

Miguel se sintió acorralado. Tanto más cuando vio que dos de ellas venían armadas con sendos machetes. Usted de dónde sacó ese bordado, le preguntó una. Miguel levantó la mano, arqueando las cejas, pero no lo dejaron hablar y más bien se le vino encima un chaparrón de interrogantes lanzados desde lo alto de una furia justiciera. A ver, responde, manito, lo desafiaban, pero cuando Miguel iba a contestar no lo dejaban y le volvían a preguntar: De dónde sacaste esa tela, pues, no seas necio y decinos. Tanto lo atosigaron que a la final Miguel se resbaló en un balbuceo de quicato y no supo explicar cómo es que aquel bordado tan valioso estaba en su poder y, mucho menos, por qué lo acababa de usar para secarse el sudor.

Las damas de turbante llevaron a Miguel casi como un prisionero hasta una zona del complejo arquitectónico donde tenía lugar una especie de reunión de notables. Ahí estaba, en efecto, la vanguardia de los movimientos sociales del Cauca, desde Feliciano Valencia y la plana mayor del consejo regional indígena, hasta Francia Márquez, pasando por Clemencia Carabalí, el taita José Ramos, un poderoso *Thé'h wala* o sabedor del pueblo nasa, Aída Quilcué y otros más que Miguel no supo reconocer, entre ellos una tremenda mujer de turbante que se excusó para atender el llamado de sus compañeras. Y este señor quién es, preguntó la elegante dama. Esta vez Miguel sí habló con propiedad. Soy Miguel Lourido, dijo, machetero de Puerto Tejada, de la estirpe de los macheteros del Cauca, alumno de los maestros Héctor Elías Sandoval y Luis Vidal, que en paz descansa. Hubo un malentendido porque yo, en un descuido, me sequé el sudor con esta tela, que me entregó hace dos días doña Yasmín Góngora, residente en la vereda Bajo San Francisco, a modo de salvoconducto para sostener una reunión privada que, por desgracia, nunca tuvo lugar. Miguel le entregó el bordado a la distinguida señora del turbante, que debía de ser la líder de las otras. La mujer examinó las figuras y a Miguel le pareció que incluso leía en ese patrón algún mensaje oculto. Sí, señor, esto es de doña Yasmín, asintió la dama del turbante, satisfecha, antes de invitar a Miguel a tomar asiento, rodeado por todo el grupo de señoras.

Supongo que a estas alturas usted ya sabe quiénes somos nosotras, dijo la líder. Miguel meneó la cabeza afirmativamente, poniendo cara de circunstancia. Yo soy Fidelia Mina, Machetera Mayor de La Toma. Cuénteme para qué nos andaban buscando usted y su maestro.

Miguel relató con precisión y brevedad lo que les había sucedido desde el inicio del viaje y los motivos aparentes del mismo, haciendo especial énfasis en el episodio del encuentro entre el Duende y don Sando. Doña Fidelia Mina lo escuchó con atención, riéndose en las partes divertidas y arrugando el entrecejo en las partes de enredos y misterios. En resumidas cuentas, dijo Miguel, yo creo que las mentiras del dichoso Duende son las culpables de todo lo malo que nos pasó hasta ahora. Y Fidelia lo paró en seco. Alto ahí, le dijo, no, señor, el Duende nunca miente. Por ahí habla torcido, pero mentir no miente. Y además es un gran maestro de grima, el mejor que hay, aclaró Fidelia, a lo cual Miguel respondió con una mueca de escepticismo. Eso no puede ser, no, dijo el machetero. El Duende le contó al maestro Sando que, después de una pelea con el Diab..., bueno, con El-Que-Ya-Sabemos, le habían prohibido enseñar sus artes de grima. ¡Ah!, lo interrumpió Fidelia. Usted no entendió, señor. El Duende engañó Al-Que-Ya-Sabemos porque la prohibición de enseñar esgrima sólo cubre a los hombres, pero no a las mujeres. Así que el Duende es libre de enseñarnos a nosotras lo que se le antoje y en eso el Viruñas no tiene

modo de revirar porque sus propias palabras fueron: Prohibido enseñarle a cualquier hombre. Pero como Aquél es tan caído del zarzo, se olvidó de meter a las mujeres en la maldición.

Y además, por si no lo sabe, don Miguel, el Duende es Duende y Duenda, por eso es tan poderoso, porque no está limitado por ninguno de los sexos. Y por eso mismo es más Duenda que Duende y por eso mismo es que en algunos cuentos lo tachan de mariposo, cosa que no lo ofende a él ni ofende a nadie, porque ése es su gran poder.

Ahora, lo otro que también es cierto es que la Duenda no sabe, no conoce porque nunca aprendió, los juegos de sombra. Esos juegos de sombra están más refundidos que el hijo'e límber. Y si el Duende no los conoce es porque quizás ya no hay forma de recuperarlos. Lo que la Duenda no sabe, no lo sabe nadie. Aunque casos se han visto... Y dígame, don Miguel, ¿por qué tienen tanto interés en recuperar esos juegos embolotados? ¿Acaso no tienen bastante con lo que ya saben? Miguel se quedó pensando qué responderle a Fidelia porque, hasta ese momento, el único capaz de dar razones sobre el particular era don Sando, pero ahora, en ausencia del maestro, el alumno aventajado debía pensar por su cuenta y encontrar explicaciones, no sólo para los demás sino, sobre todo, para sí mismo. Miguel entonces hurgó en su lodo más profundo y, con una voz que traslucía congoja, habló lo mejor que pudo: Mire, doña Fidelia, dijo, cómo se lo explico... Cuando yo era peñaíto, en mi casa contaban la historia del 9 de abril del 48, de cómo mataron a Gaitán y el pueblo se tomó la radiodifusora nacional para mandar mensajes revolucionarios desde Bogotá, para que la gente se levantara contra los asesinos. Y en ese combo que se tomó la radiodifusora estaba el negro Natanael Díaz y otros de los muchachos que formaban parte del Club Negro de Colombia. Y Natanael agarró el micrófono y dijo bien clarito: ¡Macheteros del Cauca, tomemos las armas para vengar la sangre derramada de nuestro líder! Y en esa época la radiodifusora nacional se escuchaba en todos los rincones de la patria, como quien dice, si hasta se ponían altavoces en las plazas de los pueblos. Por eso se tomaron esa emisora, porque era la más escuchada por la gente, así que imagínense ustedes la voz de Natanael retumbando por todo el departamento del Cauca, haciendo un llamado a los macheteros para que se alzarán en armas y salieran a luchar contra los enemigos del pueblo. Los enemigos de la democracia. Después de eso comenzó una campaña de desprestigio contra los macheteros, que fueron perseguidos, encarcelados, asesinados por la policía y los chulavitas. A Natanael lo encanaron un par de años, por llamar a la sedición. Se inventaban toda clase de cuentos horribles sobre los macheteros. Si hasta llegaron a decir que los guardias macheteros y la gente de Marino Viveros dizque habían decapitado a unas monjas de un convento en Puerto Tejada. Mejor dicho, qué no se inventaron para ensuciar el nombre de nosotros. Tanto persiguieron la esgrima que a los maestros les tocó disimular y mantener viva la tradición disfrazándola de bailes folklóricos. Así fueron arrinconando y acabando con la cultura de la esgrima, que se volvió casi clandestina, secreta. La esgrima de verdad, quiero decir, que era la que se jugaba los domingos en los patios de las casas, con hombres y mujeres, padres, hijos, sobrinos, vecinos, cuando la gente se reunía en los patios a jugar esgrima y a comer tasajo con guineo cocido. Hasta eso lo perseguían los tombos hijueputas.

En los años sesenta, mi maestro, don Sando, tenía un grupo de bailarines con el que hacían un número donde un tipo disfrazado de policía disparaba balas de mentiras, totis de pólvora, pues, contra unos macheteros, que a punta de falsos diagonales esquivaban los disparos y acababan dándole una muenda de planazos en el culo al agente. La gente se mataba de risa viendo ese número y a la policía como que no le gustó eso y mandaron a prohibir también las representaciones. Que dizque estaban dejando mal paradas a las autoridades. A partir de allí era

raro ver que los grupos de danzas folklóricas metieran números de esgrima, así fuera sólo como baile, porque la policía suspendía el espectáculo apenas veía aparecer un machete en el escenario.

Cuando yo empecé a estudiar grima con mis maestros, lo primero que me enseñaron es que esto se hace para ser una persona pulcra, para educar el cuerpo y el alma, para cultivar una fortaleza y una virtud. La malicia, la astucia, todo eso son recursos, pero no al servicio de la vagabundería. Ustedes saben que hay mucho mito pecueco alrededor de la esgrima, puro embeleco, pura engañaduría inventada por los mismos hijueputas que llevan siglos arrinconando a los negros: que si la esgrima de machete la aprendieron los negros viendo jugar a los blancos, que si la esgrima de machete es una copia de la esgrima clásica, que si a los macheteros del Cauca los acabaron en la batalla de Palogrande, en la Guerra de los Mil Días, que si los acabaron en la época de la Violencia, que si los acabaron los paramilitares del Bloque Calima, que si Tirofijo secuestró a los mejores maestros para que nadie más aprendiera... En fin, mucha babosada se habla de nosotros. Y entonces, maestra Fidelia, ¿que por qué estamos tan obsesionados con recuperar los juegos de sombra? Para resistir al olvido, para resistir al engaño, a la mentira, al desprestigio. Esos juegos, además, son, si me permite decirlo así, los juegos más puros, los juegos más viejos, los que ni siquiera sabemos de dónde vinieron, quién los trajo o quién se los inventó. Hay quien dice que son haitianos o que nuestros antepasados los trajeron directamente de Senegal y Nigeria. Vaya usted a saber. Pero don Luis Vidal, que en paz descansa, recordaba esas paradas de los juegos de sombra como la auténtica esgrima de machete, la original, pues, la primera. Y aunque don Luis no manejaba esos juegos, algo del estilo sí tenía, algo que se veía hasta en su manera de pararse, en su manera de amagar, en el trazo de las estocadas, en el modo de tallarse, tan bonito, tan elegante. ¡Eran tan gran machetero don Luis! ¡Tan, pero tan grande! ¡Tan digno! ¡Tan bueno para hacer corto el juego largo!

La maestra Fidelia había escuchado conmovida el relato de Miguel. Con los ojos medio enlagunados, dijo que comprendía, que a veces la resistencia pasaba por tareas que parecían marginales y hasta inútiles, que la resistencia, de hecho, la resistencia más fuerte, la más difícil de doblegar, era la resistencia de quienes mantienen viva la llama de una historia. Para nosotras, dijo, para el movimiento social en general, compañero Miguel, es importante lo que ustedes andan buscando. Al final, ¿qué es esa resistencia de la que tanto hablamos sino una pelea contra la muerte y el olvido sistemático, contra el olvido impuesto desde arriba? Nosotras aquí en la minga, para no ir más lejos, ¿qué es lo que estamos haciendo? Resistiendo. Pero resistimos no por el puro gusto de resistir, no como quicato que arma la pataleta, que es lo que cuentan los medios de comunicación sobre nosotras, no, señor. Nosotras resistimos porque nuestra resistencia cava un hueco en la piedra dura de la ley, para que la ley se amolde al cuerpo del pueblo. Dicen que somos violentos, dicen que recurrimos dizque a «las vías de hecho». ¡Tampoco! ¡Mienten porque sólo saben mandar a punta de mentiras! Si parecemos violentos es porque somos duros, porque para horadar la piedra hay que ser más duro que la piedra misma. Invocan las leyes y el derecho para desprestigiarnos, como han hecho siempre. Pero la verdad de verdad es que somos nosotras las que hacemos el derecho exigiendo nuestros derechos, exigiendo que se respete nuestra vida y nuestros territorios. El derecho emana de nosotras. El derecho no viene listo y empacado de Bogotá o de Popayán, como quieren hacernos creer. El derecho nace aquí, en la minga. Y nace para todos, no nace sólo para los indios o para los negros o los campesinos. Nace para todos. La minga es la matriz del derecho y de la ley justa.

Ahora bien, don Miguel, le voy a decir una cosa, tal vez lo único que puedo decirle sobre el asunto particular de los juegos de sombra: vaya al Patía. Allá, quizás, y sólo quizás, quede algo,

alguien vivo, alguien que recuerde o incluso alguien que pueda enseñarle. A las afueras de El Bordo, en un cruce de caminos en forma de Y, donde se parten las vías que van para la finca El Placer y la hacienda Rochelita, hay una casa vieja, una casa de bareque pintada de azul, con techo de teja de barro. Vaya hasta allá y pregunte por doña Lucero Caicedo, una cantaora tradicional y rezandera. Hable con ella y vaya rápido porque, según dicen, doña Lucero está muy vieja y muy enferma. La única persona a la que le oí hablar de grimistas que hacían juegos de sombra con los ojos vendados fue a ella... Quizás, con un poquito de suerte...

SIETE

Hacia las nueve de la mañana del día siguiente, don Floro Ulcué, un mingüero de la vereda Andalucía, municipio de Caldon, se ofreció a llevar a Miguel en su moto hasta el límite sur del complejo de ocupación. Así, Miguel entendió que había grandes porciones de terreno sin bloquear, que entre los puntos de asentamiento era posible correr a toda velocidad, en ausencia total de tráfico o de cualquier otro obstáculo. Don Floro Ulcué resultó ser un motociclista salvaje, de los que acuestan la moto en las curvas cerradas. Miguel disfrutaba de su estilo temerario y le parecía linda la manera en que la máquina iba comiéndose los ribetes de la carretera, subiendo y bajando por cuevas empinadas. En la cima de una de esas montañas, don Floro se detuvo de golpe y señaló hacia una depresión profunda del terreno. Mire, dijo, allá abajo. La policía antidisturbios estaba cargando contra la gente, y desde esa distancia, Miguel pudo apreciar la sofisticada estrategia de los mingüeros para emboscar, dividir las rígidas figuras geométricas de robocops y someterlos a una lluvia de piedras y voladores de pólvora lanzados desde las laderas. Pronto la hondonada se cubrió de gases lacrimógenos y de gritos y disparos. Eso son tiros de verdad, dijo don Floro, eso no son balas de goma. Están tirando a matar. Los mingüeros, asustados o heridos, corrían a esconderse en los bosques donde el árbol del cámbulo, por haberse adelantado el verano, echaba ya sus flores de color zapote intenso. El humo de los gases se demoraba en dispersarse entre las ramas. Por un momento pareció que la brutal arremetida de los robocops acabaría por vencer a los mingüeros, pero entonces entraron en escena seis aparatos voladores que comenzaron a arrojar un líquido sobre el escuadrón de antidisturbios. ¿Qué son esas cosas?, preguntó Miguel. Y don Floro, con una sonrisa de oreja a oreja, explicó que eran los drones del consejo regional indígena y lo que arrojaban sobre los tombo era una mezcla de sustancias ácidas, paralizantes y pegajosas fabricadas con plantas. Miguel contempló la embestida aérea entre pasmado y todavía un poco incrédulo. El efecto sobre los robocops fue casi instantáneo, pues, a pesar de que muchos llevaban máscaras antigás, aquellas sustancias vegetales se absorbían también por la piel, atravesando la ropa. Varios acabaron rodando por el suelo, retorciéndose entre horribles punzadas urticantes y alucinaciones. El ataque de los drones les dio a los mingüeros de infantería el suficiente margen para la retirada.

Aquí, dijo don Floro, pedagógico como suele ser el pueblo nasa, en estas montañas estamos peleando dos guerras: la del siglo xix y la del siglo xxi. Los blancoides de las ciudades se creen que los indios somos cualquier lagaña'e mico. Y nosotros estamos preparados para todos los cambios porque venimos de muy atrás. Sabemos usar todos los recursos, sabemos dar la lucha en todos los frentes. Los blancoides van a perder, tarde o temprano, y los indios, los negros, los campesinos, los de abajo vamos a gobernar este país. Pero mejor sigamos, amigo Miguel. No es seguro quedarse aquí parado, que de cualquier rincón salen los tiros.

OCHO

Al mediodía, después de pasar el último punto del bloqueo, donde consiguió que le abrieran sitio en el platón de una camioneta destartada y llena de gente que llevaba y traía cosas para la minga, Miguel llegó a la terminal de transportes de Popayán. Allí, frente a los mostradores de las empresas de buses, se había formado una manifestación de viajeros inconformes con el cierre de la carretera. ¡Yo tengo que llegar a Cali!, gritaban, entonando las viejas letanías blancoides. ¡Tengo cosas que atender allá! ¡Estos indios patisucios no pueden hacer lo que se les dé la gana! ¡Por mí fuera, los metería a todos en un campo de concentración! ¡Esta gente no deja progresar! ¡Que se queden en su resguardo!

Pobres blancoides, pensó Miguel, prolongando los pensamientos de Floro Ulcué. Pobres blancoides que ni son blancos, ni son negros, ni son indios, ni son nada, remedos morenos del Hombre Blanco. Consumidores de una fantasía de dominación ajena. Tiranos de minifundio suburbano, emprendedores de galpón vacío, eternos ordeñadores de la burocracia patoja, administradores de favorcitos entre los doctores, rellenos de recibos falsos, frustrados músicos de conservatorio, bastardos de hidalgos empobrecidos y nunca reconocidos por la línea oficial de las decadentes familias señoriales, fin-de-raza, súcubos de incestos mal disimulados, perezosos especuladores con terrenos improductivos, genios de los negocios cuyo mayor logro ha sido poner una estación de gasolina, en fin, los blancoides, esa subraza de pseudoprofesionales, empeñados artífices de su propia mediocridad y de su ruina. Deberían darle gracias a la minga, concluyó Miguel, que al menos da algo de sentido a sus pobres vidas, que al menos les da una pálida identidad, algo similar a una idea de casta. Pobres blancoides. Perdidos en el tiempo, incapaces de encontrar su espacio. Atascados en su agujerito de la historia, viendo a ver cómo pasan de agache en el lado de los dominadores. Pobres. Pobres diablos.

Así iba mascullando Miguel mientras cruzaba el puente peatonal desde donde se alcanzaba a ver la cúpula de la catedral. Un par de cuadras más adelante, se detuvo en una fritanguería que funcionaba debajo de una tolda de lona negra a orillas del río Molino, en las faldas del barrio El Cadillal. Pidió rellena y empanadas de pipián. Y para alimentar a Cero, le sacó un poquito del arroz a la morcilla, esperó a que se enfriara y lo depositó cuidadosamente dentro de la cajetilla de cigarrillos. El cucarrón comió con entusiasmo y, al igual que la noche anterior, volvió a sacudir sus alas para volar, sólo que esta vez no se limitó a dar una vueltica sino que se lanzó a explorar toda la arboleda que rodeaba la tolda. Miguel siguió el vuelo de su amigo con algo de preocupación. Temía que algún pájaro, de los muchos que acechaban a la orilla del río, se comiera a Cero, cosa que por suerte no sucedió. El cucarrón voló alegremente y regresó, sano y salvo, a la cajetilla de cigarrillos, donde terminó de comer los trocitos de rellena que le quedaban.

Miguel pagó la comida con lo último que le quedaba en la billetera y le sobraron apenas cuatro mil pesos. Con eso no alcanzaría a llegar ni siquiera a Timbío. Necesitaba conseguir plata sí o sí, aunque fuera prestada.

La única solución que se le ocurrió fue llamar por teléfono a un viejo conocido, paisano de Puerto Tejada, Alirio Ocoró, que, quién sabe por qué, no le contestó la llamada. Cuando uno anda necesitado, pensó Miguel, la gente lo huele a leguas.

Sin saber muy bien qué hacer y mucho menos de dónde sacar la plata que le hacía falta para bajar hasta el Patía, el machetero se puso a caminar sin rumbo por esa ciudad que para los negros es sinónimo de opresión, de despojo, de injusticia. Como cantaba doña Leonor González Mina, Popayán y Cartagena, Cartagena y Popayán, pena del negro no es pena y el pan del negro no es pan. Donde el turista pendejo ve callecitas pintorescas y arquitectura colonial, los negros caucanos vemos una de las encarnaciones de esa máquina de muerte de la que hablaba Francia Márquez el otro día. Una máquina de fachadas blanqueadas donde durante siglos se legalizó, se naturalizó y hasta se embelleció el despojo. Ahora esa máquina tiene su sede en otros lugares de la geografía nacional, pero Popayán, pensaba Miguel, con los pelos de punta y la incomodidad atravesada en todo el cuerpo, sigue siendo un símbolo del latifundio esclavista, del latifundio esclavista de ayer y del latifundio esclavista de hoy: desde la hacienda Calibío, convertida en museo y celebradero de matrimonios donde las parejitas se sacan fotos en ese ambiente dizque señorial, hasta las plantaciones de caña de azúcar que se siguen comiendo todo el valle y los ríos, pasando por las plantaciones de palma africana y todos los agronegocios criminales de los señoritos a los que el exministro ladrón Arias les llenó los bolsillos de plata pública. Siglos de despojo, siglos de aplastar al campesino chiquito, al minero chiquito, usando la ley y la palabra en nuestra contra para jodernos. Eso está simbolizado aquí, en estas casas, en estos techos, en estos edificios, en estos palacios. Y luego preguntan que por qué a los negros no nos gusta Popayán. Si llevamos grabados en el espinazo los juetazos que recibieron nuestros abuelos y los padrenuestros con los que intentaron amansarnos y borrar la memoria los dueños de estas casas. Por mí se pueden meter su Popayán donde les quepa. Y francamente, me alegro de que esta ciudad de mil demonios se esté cayendo a pedazos y esté gobernada por blancoides sin oficio ni beneficio que cada día la destruyen y la dejan más y más fea. Que se hunda este chuzo, mejor dicho, sentenció Miguel, furioso y triste, bajando las escaleras del Arco de la Herrería. Luego cruzó por el Puente Chiquito hacia el Parque Mosquera y allí se sentó a descansar en una banca de piedra. Para aligerar la carga de equipaje, Miguel había dejado casi todo en la casa de su primo Yeison, en La Toma. Sólo traía una mochila y el estuche con los machetes y los bordones, además del sombrero de don Sando. Un error de cálculo porque recordó que en uno de los bolsillos de la otra mochila habían puesto la plata para las emergencias. Quizás, caviló un instante, lo mejor sea regresar a la terminal de transportes y encontrar a algún mingüero que me quiera llevar hasta el bloqueo, desandar el camino, mejor dicho, y ver si puedo llegar a Puerto Tejada. También estaba la opción de llamar por teléfono a Alicia, su esposa, y pedirle que le hiciera un giro, pero como Alicia, amparándose en sus oraciones y sus santos, le había insistido en que no debían hacer ese viaje por ningún motivo, mucho menos el maestro don Sando, que ya no tenía edad para andar en semejantes trotes, Miguel, que era orgulloso y no le gustaba admitir que las advertencias de Alicia, inspiradas por su comunicación con las divinidades, habían vuelto a acertar en el pronóstico, prefirió descartar esa idea. Al menos de momento. Imposible que no pueda levantarme una platica para terminar el viaje, se dijo, ya empecinado, abriendo distraídamente la cajetilla de cigarrillos para comprobar que Cero estuviera bien.

Fue entonces cuando tuvo la ocurrencia. Caminó a paso ligero las escasas cuerdas que lo separaban del Parque Caldas, el lugar más concurrido del centro de la ciudad, y se plantó en la mitad de la plaza, al pie de la estatua de un dizque sabio que decía que los negros eran brutos, arrechos y perezosos. Allí plantó bocarriba el sombrero de don Sando y comenzó a llamar a la concurrencia. ¡Atención, señoras, señores! ¡Atención, están a punto de ver lo nunca visto! ¡Un cucarrón amaestrado! Y con esas y otras fórmulas semejantes, fue creando a su alrededor un

pequeño pero consistente espacio imantado donde un puñado de curiosos se juntó para ver el fenómeno. A continuación, y con gran ceremonia de por medio, Miguel abrió la cajetilla de cigarrillos y procedió a susurrarle a Cero una súplica que nadie más oyó: Hermanito, Cero, no me haga quedar mal y ayúdeme. El cucarrón, obediente, sacudió sus alas y salió disparado de la caja para luego marcar una trayectoria rectilínea y grácil hasta la cabeza de la estatua del sabio bruto eternizado en bronce, con el globo terráqueo, los instrumentos científicos y un arcabuz a sus pies. ¡Y ahora!, dijo Miguel, poniéndole suspenso al acto, ¡ahora, señoras y señores, este cucarrón va a regresar aquí a la cajetilla, en el mismo momento en que yo le dé la orden! Y así sucedió: no fue sino que Miguel se lo pidiera y el cucarrón, después de dar una vuelta sobre la concurrencia, volvió a meterse en la cajetilla. Hubo aplausos y murmullos de asombro. Y lo más importante, monedas y hasta algún billete.

Miguel y Cero repitieron el acto muchas veces en las siguientes horas, incluyendo variantes, como que el cucarrón echaba chorros de meo sobre la cara de la estatua o zumbaba imitando una melodía previamente silbada por Miguel.

Todo iba muy bien, la recogida de plata y el espectáculo, pero dos policías que pasaban por allí obligaron a Miguel a suspender la función y hasta lo amenazaron con ponerle un comparendo y decomisarle todo, hasta el cucarrón. Hubo protestas del público, pero ni por ésas. Los agentes del orden eran unos atorrantes, dos carevergas de los que aplican antojadizamente el infame código de policía. Mejor dicho, unos tombos malparidos de esos que no pueden ver un corrinche de gente alegre porque ya vienen a azarar.

Total, que al pobre Miguel le tocó salir de allí casi que corriendo y, después de otro rato largo de deambulación cavilosa por esas calles tan odiadas, refugiarse en lo alto del pequeño cerro de El Morro, que en realidad no era un cerro ni un morro sino una antigua pirámide construida por los indígenas Pubén, que con el paso de los siglos había quedado cubierta por una gruesa capa de tierra y pasto. Allá en esa cima, junto a la gran estatua ecuestre del judío converso y conquistador Sebastián de Belalcázar, el machetero de Puerto Tejada, Miguel Lourido, se sentó a ver cómo la caída de la tarde llenaba el cielo de chorros violetas y anaranjados. Por un momento, la imagen de los tejados y los templos bañados en esa luz de película de ciencia ficción le pareció hasta bonita, pero se malició que la sensación de belleza estaba inevitablemente teñida por la felicidad que le había dado conseguir algo de plata. Quizás no la suficiente para terminar el viaje, pero sí al menos para juntar un plantecito con que ir haciéndole.

De repente se sentía tan optimista que decidió rendirse un humilde homenaje y bajó, cuando ya era de noche, a buscar una famosa pollería de la calle Sexta, donde se aplicó su buen consomé y medio pajarraco muerto con papas y arepa, compartiendo todo con Cero, por supuesto, que al fin y al cabo había sido fundamental para la remontada.

Llena la panza, le entraron ganas de tomarse un bajativo, algo que le quitara la sensación de atiplamiento. Y como en esa misma esquina quedaba una famosa cantina de nombre El Sotareño, Miguel no se lo pensó dos veces y se metió en ese metedero. Se arrimó a la barra, puso media nalga en el butaco alto, el codo sobre el mostrador y saludó a don Agustín, el propietario y barman eterno de El Sotareño. Una copita de guaro, por favor, dijo Miguel, pensando para sus adentros que se tomaba eso rapidito y nada más. Sin embargo, cualquiera que haya puesto los pies en esa legendaria cantina sabe que uno no puede salir de allí tan fácil. Tan envolvente es la música, tan acogedora y particular es la decoración, que simula un bohío campesino de los que se veían hasta hace unos años por los lados de Sotará, con animales disecados en las paredes y murales pintados con imágenes de músicos de chirimía, tan encantador resulta el rumor de las conversaciones y las

risas que suben de las mesas como un solo remolino dulce, que uno no puede sino pedir otra ronda y otra ronda y otra más... Y pues así le pasó a Miguel, que cuando quiso darse cuenta ya había pedido media de aguardiente Caucano y no sé cuántos boleros de Rolando Laserie, Daniel Santos y Benny Moré.

Distraído y feliz con la música y el trago, no se dio ni cuenta de que llevaban un buen rato relojiándolo desde una de las mesas. Tampoco sintió la proximidad de un jovencito alto, flaco y negro, cadenitas brillantes y tatuajes, que se le acercó de repente a saludarlo con tono respetuoso. Caballero, le dijo, buenas noches. Mi parcerero, allí, dijo, señalando a un tipo blanco, pelo pintado de plateado, chaqueta de cuero, mi parcerero quería invitarlo a que se tomara unos guaros con nosotros. Miguel dudó, sonriendo a medias. El muchacho insistió: Somos muy admiradores de usted, le dijo. Mi panita, sobre todo, él los tiene a ustedes, los macheteros, en un pedestal. Por favor, venga con nosotros, dijo el muchacho, casi rogando.

En cuanto vio que el machetero se aproximaba a su mesa, el tipo de la chaqueta de cuero se puso de rodillas con un gesto de reverencia exagerada. Qué honor, qué honor, dijo. Nada menos que don Miguel Lourido. Gracias por aceptar, qué honor el que me hace. Bacano, buena vibra, bien ahí.

Miguel le estrechó la mano y se sentó frente a él. Tuvieron lugar las presentaciones de rigor: el negro flaco se llamaba Robinson; el de la chaqueta y el pelo plateado dijo que su nombre era Simón. Parecían dos personas simpáticas, un poco estafalarias, quizás, pero simpáticas. Eso pensó Miguel, que fue dejando que las reticencias se diluyeran en el aguardiente y la conversación, pues los pelaos aquellos eran unos auténticos aficionados a la esgrima de machete. En especial Simón, el blanquito del pelo plateado, que al demostrar sus conocimientos lograba que Miguel recordara anécdotas propias y ajenas.

Después de mucha charla y mucho trago, Simón propuso que fueran todos a su casa para que Miguel hiciera allí una demostración de esgrima para un pequeño grupo de amigos. En principio, la idea no sedujo al machetero, que dijo estar muy cansado y puso como excusa que al día siguiente tenía planes de viajar temprano al Patía, pero Simón insistió, sedujo, dio razones y, al final, ofreció plata. Tómesele como un trabajo, dijo, sibilino, un trabajo bien pagado. Y se acercó al oído de Miguel para susurrarle una cantidad que al machetero le pareció inverosímil. ¿Dos millones y medio de pesos?!, soltó Miguel, casi a los gritos, escandalizado.

Déjeme que le explique, don Miguel, remató Simón, más persuasivo que un diablo, déjeme que le cuente: yo soy artista visual y estoy interesado en..., bueno, en muchas cosas, pero digamos que trabajo con el cuerpo, con los cuerpos, me interesan los cuerpos. Y bueno, con eso hago video, escultura..., mucha performance. Y justo ahora estoy metido en un proyecto una chimba y, pues, qué mejor que aprovechar la coincidencia, ¿sí o qué? Le propongo, entonces, que trabajemos juntos. Usted me ayuda con mi proyecto y yo le pago por su colaboración. Lo único que tiene que hacer es una demostración de esgrima, esta noche, delante de unos pocos amigos. Una cosa tranqui, en mi casa.

NUEVE

La 4x4 de Simón se detuvo frente al portón de una casa antigua por los lados de la Loma de Cartagena. Robinson hizo rebotar tres veces la enorme aldaba de hierro sobre la madera y mientras esperaban a que abrieran la puerta, Miguel sintió escalofríos en esa calle vacía, mal iluminada por unos pocos faroles. Y era que el amigo viento andaba por allí encajonado, sacudiendo los tentáculos como intentando advertirle algo a Miguel, que de todos modos estaba animado por los tragos y tenía ganas de practicar algo de grima, como para desentumecer la cadera y mantenerse al día con las cruas.

Un tipo malencarado y contrahecho que debía de ser un criado, vestido con enterizo de mecánico, les abrió por fin la puerta y el alboroto de lo que parecía una fiesta les pegó de frente como una tromba. Recorrieron un zaguán estrecho rematado por una segunda puerta que, al abrirse, daba a un patio donde estaban todos los invitados tomando vino y comiendo pasabocas. Simón y Robinson guiaron a Miguel a través de esa gente vestida con un estilo que a Miguel se le antojó moderno hasta una escalera que los condujo a la planta de arriba, a una especie de despacho, con un imponente escritorio de madera, montones de libros forrados en piel en los estantes, vitrinas con figuras precolombinas de barro y distintos retratos de una misma persona ilustre, rictus severo, barba bien recortada, pelo discretamente alborotado, los ojos como dos frijolitos secos bajo las orugas negras de las cejas. El vivo retrato de Simón, pensó Miguel, comparando las pinturas con el rostro de su nuevo amigo, sólo que sin el pelo pintado de plateado, en momentos en que Simón abría un cajón del escritorio para sacar unos papeles. A ver, a ver, dijo aquél, revisando que todo estuviera en orden. A mí me gusta hacerlo todo legal, todo legal, ¿sí o qué, Robinson? Y Robinson asintió con una risita pícara. De otro cajón del escritorio sacó el artista un fajo de billetes que puso sobre la mesa para que Miguel los contara. Allí hay dos palos y medio. Todos suyos, dijo. Cuéntelos para que quede la cosa bien clara. Clara y legal. Miguel dijo que no le hacía falta, que confiaba en la palabra y guardó la plata en su mochila. Simón procedió entonces a entregarle los papeles y Miguel, que no era ningún manco para las leguleyadas, examinó el contenido del contrato. Era un acuerdo para cesión de derechos de imagen. Por medio de ese documento, en definitiva, Miguel aceptaba que el artista usara cualquier fotografía o video realizados en el transcurso de su exhibición de esgrima, además de permitir su divulgación en redes sociales. Por mucho que revisó la letra chica, el machetero no encontró nada sospechoso en el contrato y lo firmó apresuradamente con un peculiar autógrafo. Simón tampoco perdió un segundo para guardar bajo llave los papeles recién firmados en otro cajón. Listo, dijo el artista, soltando un suspiro de satisfacción. ¡Ahora sí, a lo que vinimos! Y antes de salir del despacho, le hizo señas a Robinson para que se ocupara de los últimos detalles. Miguel sintió cómo arreciaba la bulla del patio y se estremeció otra vez porque el viento había conseguido meterse por una hendidura de la ventana para pasarle una uña filosa por el pescuezo. Una gota de sudor frío se le escurrió por la mejilla.

El machetero siguió a Robinson a lo largo de un pasillo lleno de retratos que olía a incestuosa humedad popayaneja. A Miguel le pareció que la casa era un laberinto o al menos estaba construida de tal manera que no era fácil orientarse ahí adentro. Luego bajaron dos tramos de escaleras de piedra y se internaron en un nuevo pasillo maloliente que los llevó hasta una puerta pequeña pintada de rojo. Al lado había un banco de madera muy viejo, de esos que tienen un baúl

debajo del apoyaculo. Robinson le pidió a Miguel que esperara allí sentado y se internó por la puertica, teniendo que agachar la cabeza para poder pasar.

Por el ruido, Miguel dedujo que allí detrás se estaba acumulando el gentío y, aunque por un lado lo halagaba el interés de aquellas buenas personas en las tradiciones negras, por otro no dejaba de sentir una cierta ñaña interna y un tembleque de mal agüero en la rodilla izquierda.

Unos minutos después, la puertecita volvió a abrirse y la cabeza de Robinson se asomó en un grado de inclinación tal que Miguel tuvo la ocurrencia de que se trataba de un títere. Maestro, le dijo, inesperadamente solemne, ya es hora.

Miguel se agachó para poder entrar a un salón muy grande repleto de público en los cuatro costados. El apretuje había dejado en medio un área despejada para que Miguel hiciera su exhibición y, mientras el machetero se preparaba con unos ejercicios de calentamiento, el tipo malencarado que les había abierto la puerta, ayudado por otros dos gordos con pinta de guardaespaldas, arrastró una caja rectangular de gran tamaño cubierta con un paño rojo hasta el extremo opuesto donde Miguel hacía sus estiramientos. En ese momento, el viento comenzó a azotar las dos únicas ventanas cerradas de todo el recinto, desesperado por entrar. Miguel no entendía nada, pero igual continuó con su parte del trato y sacó su machete y su bordón de guásimo del estuche. Simón grababa todo con su teléfono, disimulando mal el goce extremo que aquella escena le producía. El murmullo de la gente, poco a poco, se fue asentando en un silencio grave y profundo.

Entonces Robinson, siguiendo lo que a todas luces era un plan de acción muy premeditado, se acercó a la caja rectangular que habían traído los gordos y, con un rápido gesto teatral, tiró de la tela roja que la cubría. Miguel se quedó paralizado de horror. Una gran jaula de hierro había quedado al descubierto. Y lo que había tras los barrotes era nada más y nada menos que su maestro, don Héctor Elías Sandoval, blandiendo un machete, sin camisa y con los ojos desorbitados. Uno de los gordos abrió la jaula y don Sando salió de allí con relampagueantes movimientos de ataque y defensa. El público ya no pudo contenerse y rugió de emoción, sediento de sangre. ¡Matá a ese negro hijueputa! ¡Matalo! ¡Yo voy por el viejo! ¡Yo voy por el joven! Y mientras tanto, el viento dele a azotar las ventanas, zangoloteando los batientes.

Miguel no tuvo tiempo ni de hacerse una composición de lugar. Apenas pudo responder a los primeros dos ataques de don Sando, que tenía en la cara una expresión de pasmo artificial, como si le hubieran lavado el cerebro. ¡Maestro, maestro!, gritó Miguel, desesperado, pero don Sando estaba ido, atarantado y a la vez rabioso, con ganas de matar y comer del muerto. ¡Zúacate! ¡Zúacate! Los tiros sonaban en el aire pecaminoso de aquella casa maldita. Miguel no tuvo más remedio que empezar a defenderse y a contestar como mejor sabía, es decir, como le había enseñado el hombre que lo estaba atacando con intención de herirlo. El viento seguía tratando de meterse. La gente gritaba. Miguel entendió que lo estaban atacando con una variante de la vieja cruz llamada La Doloreña: vio venir el tajo con sesgo al hombro y otro gran tajo directo, seguidos de una extensión de la pierna trasera, luego el tajo transversado y un través al otro hombro. Través directo por la mitad y transversado por mitad. Amago encima y gran tajo directo en despedida sobre retiro. Por suerte, Miguel conocía bien cómo contrarrestarla. Y a pesar de la violencia del ataque de su maestro, consiguió responder con aplomo a la conversación que le estaban planteando. Don Sando le había enseñado bien, de eso no cabía duda. ¡Maestro, maestro!, gritaba Miguel, tratando de despertarlo, ¡por favor, no más! ¡No peliemos más! Pero ni por ésas. Don Sando estaba poseído. Lanzó un través de cuadril, como queriendo ofender en la cadera, que es una manera de evitar que el oponente ejecute bien los falsos, y el alumno, astuto, falseó sobre

falseado, amagando con recibir donde sabía que no le iban a dar. Don Sandó empezó a producir una risita siniestra cada vez que el pupilo le contestaba bien un tiro, una risa de niño o de animal que a Miguel le puso los pelos de punta. Jijijijijiji. Jijijijijijiji. Y achinaba los ojos hasta que ya no se le veían. Tanta ñaña le dio aquello a Miguel que se distrajo un segundo y no vio venir una punzada que, de puro milagro, logró desviar con el machete. Lo que habría podido ser un golpe mortal acabo siendo un rasguño, sangriento eso sí, en el brazo izquierdo. En ese punto, Miguel entendió que don Sandó no lo atacaría siguiendo estrictamente las cruces de ninguna parada. A partir de allí era juego abierto y libre, combinando todas las cruces, todas las paradas, y era tarea del agredido adivinar el golpe siguiente para poder repelerlo. Tantos años de práctica junto a su maestro le habían dado un notable conocimiento de los movimientos de aquel formidable cuerpo octogenario, duro y flexible a la vez como la mejor madera. Lo que vino a continuación fue algo parecido a una danza de la muerte. Dos viejos macheteros que se conocían hasta los más íntimos amagues, hasta las más sutiles fintas. Alumno y maestro. Torno, defensa, avance, carriero, transversal bajo, falso y estocada. Giro y otra vez a posición de primera donde los dos rivales volvían a estudiarse para encontrar la mejor manera de entrar. Alguien que hubiera cerrado los ojos habría escuchado, en medio de los gritos, una música inquietante de pasos arrastrados y tintineos mortíferos. Deslizamiento, taconazo y ¡chin! ¡Chin! Machete que va al tobillo y allí encuentra la hoja. ¡Chin! ¡Zuácate!

Simón no perdía detalle con la cámara de su teléfono, transmitiendo en vivo por redes sociales, y a la vez se le llenaban los ojos de lágrimas emocionadas ante semejante belleza de movimientos. Su plan había funcionado a la perfección. Y ahora sólo quedaba disfrutar, consciente de que estaba delante de algo que posiblemente no volvería a ver jamás.

Entonces don Sandó, volviendo a soltar una de sus risitas diabólicas, dio unos pasos hacia atrás, como queriendo invitar a su alumno a que hicieran más largo el juego. Luego acomodó el cuerpo en la primera posición de la Parada de Todo el Día, con la punta del arma clavada en el suelo y la mano libre en la espalda, la pierna derecha bien estirada atrás. Miguel, que ya se estaba impacientando, pensó que quizás era hora de ganarle a su maestro por fuerza, más que por astucia. Imponer su físico sobre el cuerpo del rival que, por mucho que costara creerlo, era un viejo portentoso pero lleno de achaques. El alumno adoptó la correspondiente posición de Todo el Día y en el momento de entrar, con un giro perfecto, como quien hace un Cambio de Figura, esquivó el golpe y agarró por el tórax a su maestro. Ambos cuerpos cayeron al suelo con un sonoro tiestazo que el público celebró ululando. Los dos machetes salieron volando por los aires. Miguel trató de asir la humanidad de don Sandó para inmovilizarlo, sólo que aquel viejo se las sabía todas, y las que no, se las inventaba. Con un eléctrico culebreo, descuajeringando pecho y abdomen como una bailarina, el maestro se zafó del abrazo asfixiante del alumno y le bastaron dos saltitos más para recuperar el arma y atacar a Miguel, que seguía en el suelo. Allí le tocó echar desgonce para esquivar los tiros mortales de don Sandó. Tajo va, tajo viene. Y Miguel, untado al suelo, burlaba a la muerte por un pelo flexionando una pierna y estirando la otra, bajando el tórax con un movimiento circular imposible. Don Sandó estaba tan enloquecido, tan en modo asesino, que no dudó en tirar un desnucado, tratando de ofender las cervicales. Menos mal que Miguel estaba bien entrenado en las defensas del juego bajo sin arma. Otro en su lugar habría perdido la cabeza mucho antes. Después de mucho golpe infructuoso, don Sandó lanzó un tiro ya sin brío, demostrando que se había cansado, momento que Miguel aprovechó para levantarse y agarrar su machete. ¡Ya se quedó sin fuelle este señor!, pensó el alumno, triunfante. ¡Ahora sí lo voy a desarmar! Y le entró con confianza, quizás con demasiada confianza, de modo que ya se le había

hecho de noche cuando quiso darse cuenta que lo del cansancio era una astucia. Don Sandó recibió falseando el primer tiro y con dos contestaciones relampagueantes, como martilletes de máquina de escribir, desarmó a Miguel y lo zancadilleó. El alumno quedó, finalmente, a merced del maestro, como una cucaracha patas arriba. Ahora el agresor sólo tenía que rematarlo. Miguel, desesperado, casi al borde de las lágrimas, sólo atinó a sacarse el sombrero, el sombrero de don Sandó, precisamente, y usarlo como inútil escudo para los machetazos que estaban por venirle encima. ¡Matalo!, le gritaban al viejo desde el público, ¡Matá a ese negro picado! ¡Matalo! ¡Negro engreído! ¡Que lo maten! Sin embargo, algún efecto había obrado la visión de su sombrero en el alma poseída de don Sandó, que ahora contemplaba a su alumno indefenso con algo parecido a la confusión o a la piedad. Y fue allí cuando las ventanas cedieron a la persistencia del viento azotador, que irrumpió en el recinto con una entrada triunfal y estridente de vidrios rotos. Viento de tormenta, viento emputado, viento que baja a comer gente, a enterrar sus uñas frías en los espinazos de los infelices y a saludar a los viejos amigos. Don Sandó sintió el cosquilleo familiar en la cumbamba. Y con eso terminó de despertar del hechizo en el que se hallaba sumergido. Vio a su alumno suplicante en el suelo y tuvo ganas de llorar de rabia. Tanto más cuando entendió en manos de quién había caído. ¡Esto no se queda así!, pensó, haciendo como que seguía atarantado.

A pesar de la llegada del viento, su captor, el hombre del pelo plateado, continuó grabando la pelea y se acercó todo lo que pudo a los dos macheteros intentando sacar un buen plano del desenlace mortal. Y dado que la atención de Simón estaba más en la pantalla de su teléfono que en el mundo exterior, don Sandó arrancó su sombrero de las manos de Miguel y sorprendió al artista con el resuello atravesado.

Fue un movimiento tan veloz que la gente no se dio cuenta de lo que había pasado, hasta que Simón cayó de rodillas y un chorro de sangre empezó a brotarle de la garganta. Don Sandó le había pasado el ala filosa del sombrero por el gáznate y Simón, rodando por las escaleras de una muerte segura, miraba a la concurrencia con los ojos muy abiertos, llenos de odio.

Hubo gritos de espanto. El público intentaba correr en todas las direcciones al mismo tiempo. Los cuerpos chocaban unos con otros y el viento les caía en picada y los devoraba sin piedad, despedazándolos con sus colmillos, escupiendo sobre los cuerpos todavía vivos una ráfaga de huesos triturados que se le acumulaban en sus grandes cachetes de trompetista.

Don Sandó y Miguel huyeron por la puerta chiquita y corrieron por los pasillos sin saber muy bien adónde ir. Era imposible orientarse, ya no sabían si subían o bajaban o si iban en círculos. Acabaron perdiéndose en esa arquitectura diseñada a imagen y semejanza del infierno.

Robinson, que había sobrevivido al ataque del viento, los persiguió y no tardó en arrinconarlos en el rellano de una escalera, apuntándoles con una pistola. La única protección que tenían los dos macheteros era la escasa luz, o mejor, la abundante sombra que rodeaba sus cuerpos en ese agujero debajo de las gradas de piedra. ¡Arriba las manos!, ordenó Robinson. Los macheteros obedecieron. ¿Ustedes saben lo que acaban de hacer?, preguntó Robinson, iracundo. ¿Saben con quién se están metiendo? ¿Ustedes saben quién es don Simón? ¿Ustedes saben quién es la familia de don Simón? ¿Saben con qué apellidos se están metiendo?

A lo que don Sandó respondió con absoluta calma: Claro que lo sabemos y no es la primera vez que los macheteros del Cauca vencemos al Diablo. ¡Timbutala-Timbutala-Timbutala!

Y al sonido de esta palabra mágica repetida tres veces, los dos maestros de esgrima desaparecieron en el aire oscuro.

Incrédulo, Robinson recorrió el hueco de la escalera con la luz de su celular, pero en aquel rellano tenebroso y húmedo sólo quedaba el sombrero de don Sandó, inmóvil en el suelo de

ladrillo como un objeto vulgar.

Robinson lo levantó y le dio la vuelta para examinarlo por dentro, con la esperanza de que los dos macheteros estuvieran allí metidos.

Hasta ese rincón de la casa maldita llegaban los gritos de la gente devorada por el viento.

EPÍLOGO

En el vértice de la Y, allí donde el camino se bifurca en dirección a La Rochelita y El Placer, se alza un viejo árbol de guama churima que da buena sombra y alimento para quien sepa apreciar el dulce algodón carnoso de sus frutos. Encaramado en una rama, Miguel comía de una de aquellas vainas retorcidas en forma de culebra parda y miraba el paisaje semidesértico que el río Patía, incansable, paciente, había pulido a lo largo de millones de años: un ardiente y profundo cañón horadado en la Cordillera Occidental, potreros gigantescos donde pastaban unas vacas robustas, aguacollas, nopales y sampedros espinosos habitados por pájaros esquivos, porciones de bosque seco tropical, alambradas carcomidas por el óxido.

Miguel pensaba en la cadena de casualidades geológicas que habían obligado al río Patía a desviarse del curso que seguían sus ríos hermanos, el Cauca y el Magdalena, en dirección al mar Caribe. Y es que el Patía, explorador solitario y caprichoso, había decidido echar sus aguas hacia el suroeste, sobre el Océano Pacífico, y en ese empeño malsano formó este cañón de soledades donde, fantaseaba Miguel, fácilmente habrían podido hacer una película de vaqueros, con duelos y tiroteos contra comanches y forajidos. Sólo que aquélla no era tierra ni de comanches, ni de vaqueros, sino de negros, pues hay registro de que, al menos desde comienzos del siglo xvii, grupos de esclavos fugados de las minas de Barbacoas se asentaron en aquel paraje inhóspito donde ningún español se aventuraba por miedo a las enfermedades y el calor. Ya desde las crónicas coloniales se tiene noticia de que los negros patianos practicaban un arte marcial con machetes y palos tallados, habilidades militares que el ejército de la corona no pasó por alto, como lo demuestra la buena cantidad de soldados oriundos de este valle integrados en sus filas. Las crónicas también hablan de bandas de negros forajidos que recorrían la región a caballo, armados con machetes, dedicadas sobre todo al abigeato (robo de ganado) en las haciendas, una práctica que, hasta el día de hoy, tiene una honda significación para la cultura negra del Patía, pues se dice que la carne y la sangre del animal robado se usan en rituales contra maldiciones y pactos diabólicos.

A pesar de todos esos antecedentes, ni Miguel ni don Sando se habían hecho muchas ilusiones respecto a lo que encontrarían en el valle del Patía, pues no era la primera vez que visitaban la región. Ellos habían confirmado en otros viajes que ya no quedaban maestros de esgrima vivos en esta zona, nadie capaz de ejecutar un solo movimiento con el machete, nada. La cultura machetera patiana estaba muerta y de lo que alguna vez fuera un nicho floreciente de esgrimistas ya sólo circulaban unas pocas historias fantásticas, cuentos de hombres capaces de grandes proezas como trepar de un salto hasta la copa de un árbol o saber desaparecer encendiendo un tabaco. Poco más.

Por eso no se sorprendieron ni se decepcionaron cuando Amalia, la hija de doña Lucero Caicedo, les comunicó que su madre había muerto dos semanas atrás y que, antes de morir, le había advertido a ella, su primogénita y aprendiz en las artes del canto y la yerbatería, que dos hombres de Puerto Tejada vendrían a preguntar por los juegos de sombra. Previendo con mucha antelación esa visita, y a sabiendas de que ya no estaría viva para el momento del encuentro, doña Lucero Caicedo había dejado preparada una carpeta marrón que debía ser entregada a los señores que vendrían a buscarla.

Amalia hizo entrega de la carpeta a don Sando, que la abrió con cierto aire de ceremonia. Era una de esas carpetas marrones que usan en las oficinas para archivar documentos. Contenía

fragmentos de una antigua cartilla de esgrima donde se detallaban partes de los movimientos del Elástico de Sombra y otros juegos similares, además de una tela bordada con motivos geométricos, muy similar a las que les había dado la señora Yasmín Góngora.

Muchas gracias, dijo don Sando, mirando a Amalia a los ojos. Gracias por recibarnos, por darnos el recado de su mamá, que en paz descanse, y gracias por la hospitalidad. Amalia respondió que su difunta madre había dejado órdenes expresas de dar posada y comida a los viajeros, en otras palabras, que ella sólo estaba cumpliendo la voluntad de doña Lucero.

Unas horas después, recibiendo en silencio la brisa del atardecer en el antejardín de la casa, Miguel comentó, no sin algo de acritud, que del Patía siempre se iban con las manos vacías. A lo que don Sando respondió que ni tanto, que el vacío desértico del Patía estaba cargado de insinuaciones. Acordate si no, le dijo, de aquella vez que vinimos, por allá en el 72, 73... ¿Te acordás...? Pues eso fue una de las primeras veces que vinimos acá, continuó el viejo maestro, vinimos buscando macheteros, creo que sí, a comienzos de la década de los setenta. Y estábamos en la casa del difunto Laurentino Ararat, en una casa muy parecida a ésta, sólo que no quedaba en un cruce de caminos, sino como más enmontada, casi llegando al río, rodeada de muchos árboles. Habíamos estado jugando esgrima toda la tarde y, ya cansados, nos sentamos en el antejardín, igualito que actual, a descansar en plena caída de la noche, dejándonos envolver, como ahora, por el violineo de las chicharras. Mejor dicho, un atardecer calcadito a éste. Y no fue sino que cayeran las primeras sombras para que oyéramos un silbido que venía cortando el cascabeleo nochedumbroso de la trocha que pasaba frente a la casa. Un silbido agudo como cuchillo que ninguno supo si era de pájaro o de persona, hasta que vimos aparecer al tipo. Un tipo flaquito, pero muy alto, con mucha presencia. ¿Te acordás o no? Y Miguel asintió a medias porque la verdad es que se acordaba mal, así que le estaba sirviendo mucho el relato de su maestro.

Entonces el tipo, siguió don Sando, sin ninguna vergüenza, mostrando un descaro y una rebeldía feliz que para mí son los rasgos del machetero puro, el tipo declaró así nomás que él era un prófugo de la justicia, pues se había escapado de la colonia penal de Araracuara, en las selvas del Caquetá, a unos cientos de kilómetros al oriente, cruzando la Cordillera Central. Y el tipo aquel, nunca me voy a olvidar, nos contó todo, el plan de fuga, la ejecución, el escape y la travesía, semanas perdidos en la selva, él y otros tres prófugos, semanas malviviendo y malcomiendo y maldurmiendo, pendientes de que no se los comiera el tigre. Al final los encontraron unos indios andoques, conocidos por las riberas del Caquetá como la gente del hacha, porque fabricaban hachas de piedra y las comerciaban con otros pueblos. Los andoques los salvaron, les dieron de comer, los guiaron a través de la selva y, en pocas palabras, los sacaron de ese nudo ciego. Me acuerdo que le preguntamos cuál era el delito por el que lo habían encarcelado y él respondió bien escueto: Política, dijo, como casi toda la gente que mandan a las colonias penales. Luego pidió permiso para esconderse allí porque la policía le estaba siguiendo el rastro. De hecho, ya vienen para acá, dijo, y se levantó para meterse detrás de una puerta. ¡Detrás de la puerta! ¡Qué tal el escondite tan malo! Hasta se le veían los pies y parte de la cabeza de lo alto que era. Y efectivamente, al ratico asomó por allí la policía, seis agentes, me acuerdo, que nos saludaron muy formales. Oigan, ¿por aquí no será que han visto a un señor así y así? Y nosotros contestamos que no habíamos visto a nadie, que allí sólo estábamos nosotros. Porque, eso sí, sapos nunca hemos sido. Y la policía buscó y, mejor dicho, puso esa casa patas arriba, y todo ese rato el negro que buscaban estaba mal escondido detrás de esa puerta. Le pasaban por delante y nada. Nunca me voy a olvidar de eso, dijo don Sando, qué cosa tan rara. Apenas se

fueron los policías, el tipo volvió a salir y se quedó tirando caja con nosotros hasta bien tarde en la noche. Por eso te digo, Miguel, que el Patía siempre trae su cosa.

Para no ir más lejos, ahorita me quedé mirando lo que nos dejó doña Lucero. El bordado y los pedacitos de las cartillas, con los dibujos y la escritura. Y así, me malicié una cosa curiosa y es que nuestras líneas rectas no son rectas. Pero no porque no sepamos o no podamos imaginarnos una línea recta. Nuestras líneas no son rectas porque en la vida real todo gesto, todo trazo, por fino y exacto y perfecto que sea, siempre deja a los costados una rebaba. Como cuando uno agarra una brocha para pintar una pared y a cada lado del brochazo sale como un sobrante de pintura, un exceso, como una marca que deja la materia desplazada en el movimiento, ¿me hago entender? La esgrima es lo mismo. Cada paso, cada estocada, cada tiro deja su rebaba en el aire y por eso nuestros movimientos parecen un poquito temblorosos, pero no es el temblor de la falta de pericia, sino todo lo contrario: la pericia consiste justamente en seguir el movimiento de la materia y la materia del movimiento. El tiempo y el espacio no son cajones vacíos donde se hacen los movimientos. Son los movimientos los que engendran el tiempo y el espacio, o sea, el ritmo. Y el ritmo es el temblor del tiempo humano. ¿Me hago entender? Por eso el falso diagonal es las dos cosas: falso y diagonal. Triángulo rectángulo de líneas temblorosas... ¿Me hago entender?

Miguel no respondió porque se quedó pensando si existía alguna relación entre la historia del prófugo y la teoría de la rebaba.

Más tarde, dándole de comer al cucarrón en su caja de cigarrillos, los dos maestros hablaron de viajar a Villarrica, a ver si encontraban a una bruja capaz de deshacer el hechizo de Nubia. No va a ser fácil, dijo don Sando, devolver a este pobre a su forma humana. No va a ser fácil.

El cucarrón, satisfecho después de alimentarse, sacudió sus alas y salió a dar una vuelta por el lento atardecer patiano.